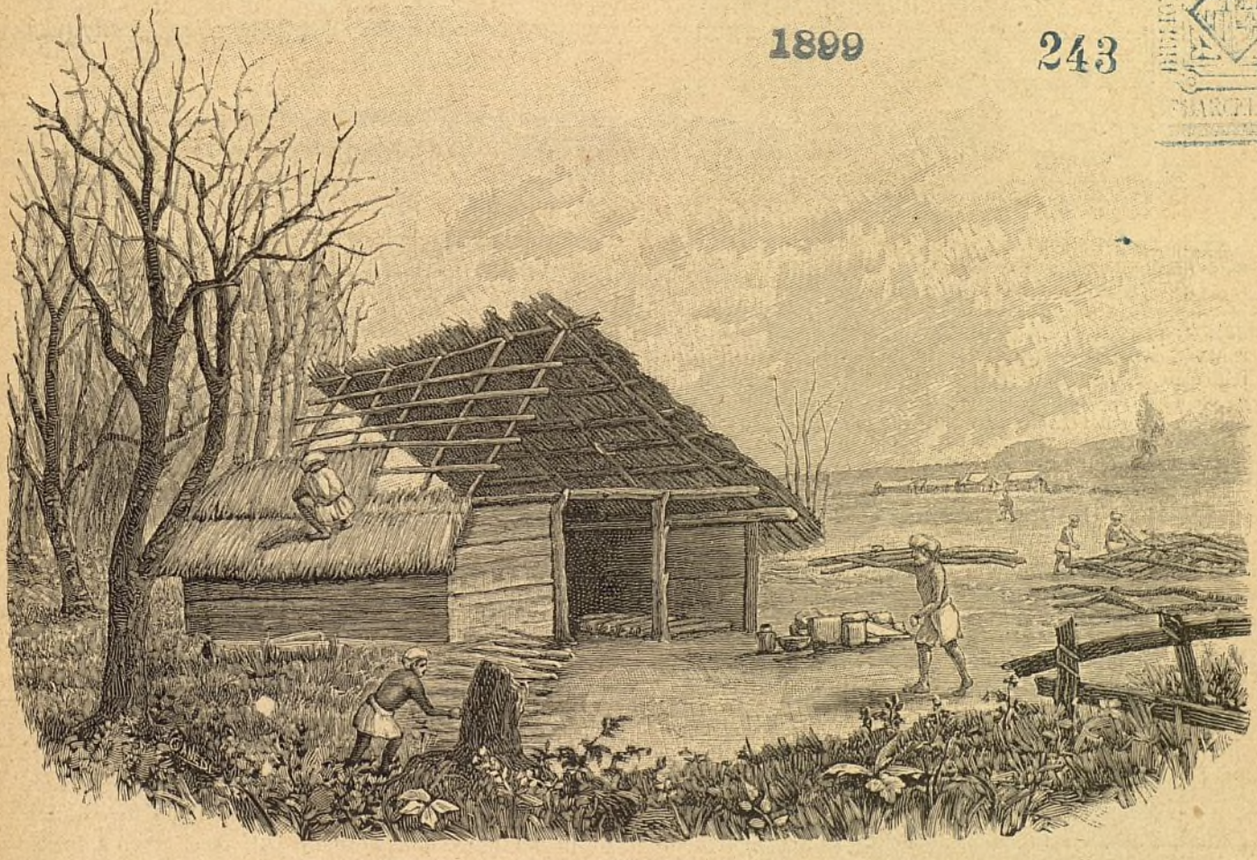
DONATIVO

LAS MISIONES CATÓLICAS

Precios de subscripción	Se publica el 15 de cada mes	Advertencias
ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas. EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.	Año VII.—Sábado, 15 Julio 1899.—N.º 151	No se admite subscripción por menos de un semestre. El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Libreria y Tipografia Católica, calle del Pino, 5, Barcelona

AGOSTO
1899
243
DIPUTACIÓN PROVINCIAL BIBLIOTECA BARCELONA



JAPÓN.—Construcción de una cabaña

Reproducción de fotografía remitida por el P. Rifand.

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

Texto.—Correspondencia: *China; Kiang-nan (China).*—Un celoso misionero, un sabio eminente y un gran patriota: Biografía del P. Agustín M.ª de Castro, agustino (continuación).—Los frailes en Filipinas.—Recuerdos del Catolicismo en el Tonkín.—Los Pigmeos, por el Ilmo. Le Roy.—Un verano en el Japón Boreal (continuación).—Subscripción en favor de la Obra de la Propagación de la Fe.

Grabados.—Japón: Construcción de una cabaña.—San Vicente de Paúl.—Seis tipos de negrillos de «Pigmeos»—Muy R. P. Fr. Antonio Redondo, agustino.—San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.—Japón: Preparación de tierras en el Yeso.—Ilustraciones de la novela *El Cruzado.*

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

CORRESPONDENCIA

CHINA

Nuevas felices

Agobiados por muchos y por su atrasada fecha urgentes originales fuenos imposible comunicar el pasado mes á nuestros lectores las agradables noticias que M. Bettembourg había comunicado á los reverendos Directores de la Obra de la Propagación de la Fe, lo propio que publicar una carta del Ilmo. Favier y la traducción del Decreto imperial dado en China: hoy retiramos todo otro original para dar cuenta del movimiento consolador que con creciente entusiasmo iníciase en el hasta hoy al parecer aletargado pueblo chino en favor del Catolicismo triunfante. *Laus Deo!*

Sí, dice Mr. Bettembourg, las palabras con que principia este documento oficial: *Estoy conforme con lo resuelto,* son esta vez verdaderas y á la par un paso dado en la propagación de la Religión católica y de las Misiones en China: su importancia es fácil de comprender. Nunca olvidaré que á la Obra de la Propagación de la Fe es á quien después de Dios débese en gran parte el obtenido resultado: por esto he querido que Vdes., señores Presidentes y miembros de los Consejos centrales, sean los que primero conozcan tan grata nueva. Permítanme felicite por el brillante éxito á Vdes. y á todos los socios de la Propagación de la Fe.

«Tal vez crea V. que la nueva situación del Cristianismo en China exija nuevos sacrificios, nuevo esfuerzo, socorros considerables: también lo creo yo así, más aún, así lo espero.

«Al pie de la copia del imperial decreto, añade el Ilmo. Favier: «Imposible es contar el número de los «convertidos: ¡regiones enteras quieren hacerse católi«cas! paréceme acércase la hora de la total conversión «del pueblo chino.»

«¡Dios lo quiera! Pero ya que vemos caer el Paganismo, nuestro secular enemigo, ¿no debemos, aun á costa de los más grandes sacrificios, mantenernos á la cabeza del iniciado, grande y consolador movimiento? Si titubeamos, ¿no acudirá presurosos á ocupar nuestro honroso sitio el Protestantismo internacional que nos acecha?»

CARTA DEL ILMO. FAVIER

Pekín, 2 de Abril de 1899, Pascua de Resurrección.

Acaba de publicarse un importante decreto, del cual creo deber mío remitir copia.

Por él Sus Majestades Imperiales aprueban *motu proprio* la Religión católica y su culto, reconocen que está extendida por todo el imperio, y deseando protegerla eficazmente publican un Reglamento que consta de cinco artículos.

Reconocen á los Obispos dignidad igual á la de los virreyes y gobernadores provinciales; y á los misioneros dignidad proporcionada á la suya. Unos y otros pueden visitar las Autoridades y resolver *amigablemente* todo asunto ó cuestión religiosa.

Al Soberano Pontífice llámasele *Kiao-Hoang* (Emperador de la Religión).

Reconócese el protectorado con todos sus privilegios: el embajador de Francia es el único que puede tratar *oficialmente*. A él deben acudir los Obispos cuando no hayan podido resolver amistosamente cualquier cuestión, ó cuando habiendo celebrado algún pacto es necesario comunicarlo oficialmente y velar por el fiel cumplimiento de las cláusulas del convenio.

Continúa invariable el protectorado, y los Obispos poseen en la actualidad categoría y poder que nunca alcanzaron en el imperio chino.

El inteligente embajador francés en Pekín, Mr. S. Pichón, comprendiendo las grandes ventajas que este convenio encierra para la Religión y para la Francia, aprobólo gustoso, y él mismo cuidó de remitirlo á los señores Obispos.

Compréndese fácilmente que este decreto no nos librará en absoluto de persecuciones parciales: rebeldes y bandidos los habrán siempre; pero evidencíase en él la buena voluntad del imperial Gobierno, y preciso es saberla agradecer como merece.

¡Imposible contar el número de los convertidos: regiones enteras quieren hacerse católicas! La lucha entre San Miguel y el demonio ha comenzado; continuará tal vez algunos años, pero paréceme acercarse la hora de la total victoria. ¡Día encantador lleno de sublime grandeza para misioneros y católicos, el en que sea realidad esta halagüeña esperanza! *Hæc dies quam fecit Dominus, exultemus et lætemur in ea.*

Ayuntamiento de Madrid

DECRETO IMPERIAL

INFORME FIJANDO LAS RELACIONES ENTRE LAS AUTORIDADES LOCALES Y LOS CLÉRIGOS CATÓLICOS, PRESENTADO AL TRONO POR S. A. I. EL PRÍNCIPE Y LL. EE. MINISTROS DEL CONSEJO DE RELACIONES EXTRANJERAS, EL DÍA 4.° DE LA 2.ª LUNA DEL AÑO 25 DE KOUANG-SIN (15 MARZO 1896).

«Acatad las siguientes decisiones»

¡ATENCIÓN!

Desde la ya remota fecha en que el Gobierno imperial autorizó la construcción de iglesias católicas, éstas se han extendido por todas las provincias de la China, y siendo nuestro deseo ver al pueblo y los cristianos vivir en paz, y para que sea más fácil la protección, hemos convenido en que las Autoridades locales cambiarán sus visitas con los misioneros, en la forma expresada en los siguientes artículos:

1.° Teniendo los Obispos en los diferentes grados de la jerarquía eclesiástica, dignidad igual á la de los virreyes y gobernadores, se les debe autorizar para visitar á virreyes y gobernadores.

Al morir un Obispo ó al ser llamado á su país, el sacerdote que lo reemplazare queda autorizado para visitar al virrey ó gobernador.

Los Vicarios generales y los arciprestes pueden visitar á los tesoreros y jueces provinciales y á los intendentes.

Los demás sacerdotes quedan autorizados para visitar á los prefectos de 1.ª y 2.ª clase, á los prefectos independientes, á los subprefectos y á los demás funcionarios.

Virreyes, gobernadores, tesoreros y jueces provinciales, intendentes, prefectos de 1.ª y 2.ª clase, prefectos independientes, subprefectos y demás funcionarios, corresponderán como es debido y según su categoría.

2.° Los Obispos formarán una lista de los sacerdotes encargados especialmente de tratar cuantas cuestiones pueden ofrecerse, indicando el nombre y lugar de la Misión donde residen. Remitirán esta lista al virrey ó gobernador, quien dará órden á sus subordinados de recibirla conforme este Reglamento indica.

(Los sacerdotes especialmente designados para visitar á las Autoridades locales deberán ser europeos. Sin embargo, cuando un sacerdote europeo no domine la lengua china, podrá acompañarle un sacerdote chino y servirle de intérprete).

3.° Cuando no tengan asuntos que tratar será inútil que los Obispos residentes fuera de las ciudades vengan de lejos á la capital de la provincia para solicitar ser recibidos por el virrey ó gobernador.

Cuando tome posesión de su cargo un nuevo virrey ó gobernador, ó cuando un Obispo sea trasladado ó llegase por primera vez, ó con motivo de las felicitaciones de año nuevo ó fiestas principales, los Obispos podrán dirigir cartas particulares á virreyes ó gobernadores, ó enviarles su tarjeta. Virreyes y gobernadores corresponderán con igual atención.

Los sacerdotes que fuesen trasladados ó que llegasen por primera vez llevando una carta del respectivo Obispo, podrán visitar según su categoría á tesoreros, jueces provinciales, intendentes, prefectos de 1.ª y 2.ª clase, prefectos independientes, subprefectos y demás funcionarios.

4.° Cuando ocurriera en alguna Misión de cualquier provincia algo grave ó importante, Obispo y misioneros deberán pedir la intervención del embajador ó cónsules de la potencia á la cual el Papa ha confiado el protectorado religioso. Estos resolverán el asunto ó con el Tsong-li Yamen ó con las Autoridades locales. Para evitar múltiples tramitaciones, el Obispo y los misioneros pueden también dirigirse desde luego á las Autoridades locales, con quienes tratarán y resolverán el asunto.

Cuando un Obispo ó un misionero visitaren á un mandarín para resolver cualquier asunto, éste deberá acto seguido buscar una solución conciliadora.

5.° Las Autoridades deberán informar oportunamente á los habitantes del pueblo, y exhortarles con insistencia á unirse con los cristianos: en manera alguna deben alentar malevolencia y causar trastornos.

Obispos y sacerdotes exhortarán igualmente á los cristianos á la práctica del bien, á fin de conservar el buen nombre de la Religión católica y procurar que el pueblo esté contento y agradecido.

Cuando se entablare algún proceso entre el pueblo y los cristianos, las Autoridades locales deberán juzgar con equidad: los misioneros no podrán intervenir y dispensar personalmente su protección, á fin de que el pueblo y los cristianos vivan en paz.

KIANG-NAN (China)

La Misión de Pei-Hien

Es nueva prueba de la iniciada conversión del pueblo chino á la Religión católica la siguiente consoladora carta que nos remite el R. P. Van Desselaere, S. J. Lo que dice dicho Padre de Pei-Hien puede en realidad aplicarse á la casi totalidad de los Misiones del Kiang-nan. Cuando nuestros lectores leerán los precedentes de este floreciente vicariato apostólico, recibirá abundantes gracias en la persona de su primer obispo el Ilmo. J. B. Simón, que será consagrado obispo de Chang-hai el día 25 del corriente.

Lleno de vida y amante de progreso preséntase Pei-Hien. Tres años hace fundóse dicho distrito, que extiéndese al extremo Norte del Kiang-son, y cuenta en la actualidad más de 300 bautizados, número que se doblará el corriente año, pues el de los catecúmenos excede en mucho al de 15,000. Instrúyenlos treinta catequistas. ¿Por qué tan pocos? pues porque es forzoso limitarse al escaso presupuesto.

Consoladora es la fidelidad con que los neófitos asisten al santo sacrificio de la Misa. Muchos cristianos europeos tienen en ellos no poco que admirar y aprender. A centenares llegan todos los domingos de dos, tres y cinco leguas á la redonda: para cuantos les queda algún dinero este año de general miseria, el viaje representa un gasto de más de 200 sapeques, ó sea 1'50 francos, cantidad enorme para mis pobres compañeros. En su mayoría traen para comer algunas galletas negras,

Ayuntamiento de Madrid

de sorgo, pues nosotros nada damos, excepto paja para dormir. Riendo alegres saludan al sacerdote, que es siempre su mejor amigo, excepto cuando les reprenden, caso que repítese con excesiva frecuencia. Los habitantes de Pei-Hien, pertenecientes en su mayor parte á la raza del Chantong, son de enérgico carácter, prontos siempre á empuñar espadas y fusiles. Dotados de amable carácter, tienen cuanto necesita un valiente cristiano. Pruébalo que declaran su fe, á pesar de saber que por este hecho expónense á sufrir la persecución.

Merecen ser descritas las escuelas rurales que aquí poseemos. Local: dos ó tres cuadras construidas con tierra ó cubiertas con sorgo recogido entre el cieno. No te imagines, lector, grupos de niños que entran silenciosos de dos en dos, ni mesas de estudio, ni al fondo de la sala un *magister* sentado respetuoso ó paseando la disciplina. Todas las mañanas el catequista, ayudado de gallos y perros, llama á la oración: en general acuden todos, grandes y pequeños, jóvenes y viejos: después el que quiere se marcha, pues juzgamos innecesario pedir ó dar permiso. Algunos rapaces permanecen sentados en el suelo, repitiendo á voz en grito oraciones ó páginas del Catecismo: pasa el tiempo de que pueden disponer, y retíranse uno tras otro á obedecer á la madre que mandóle pusiera la olla á calentar, á cuidar del hermano pequeño, del asno ó del buey, á pescar ó á labrar la tierra. Los restantes continúan incansables gritando con toda la fuerza de sus pulmones, en la ardua tarea de fijar en la memoria dos ó tres líneas. Otros nuevos reemplazan á los que salieron: es un continuo ir y venir, que si no otra tiene la ventaja de mantener despierto al maestro, que debe constantemente hacer recitar nuevas lecciones.

De vez en cuando pacíficos transeúntes entran en la escuela para descansar y encender la pipa: interrúmpela alguna madre riñendo á sus hijos, ó con mayor frecuencia murmurando de vecinos: entra un viejo que penosamente viene á escuchar lecciones de Catecismo: como es mi escuela casa sin puertas, todo el mundo puede entrar. Resultado: dudo existan en Pei-Hien doscientos niños que ignoren lo indispensable para recibir el bautismo. Basta asistir quince días á la escuela central para aprender lo necesario para confesar y comulgar.

Padres y primogénitos acuden todas las noches después de ruda labor. Rezan varias preces que finalizan con el Rosario, fuman y repiten el texto ó escuchan la explicación del Catecismo hasta hora avanzada.

Como anteriormente dije, cuéntanse en Pei-Hien quince mil catecúmenos, y si contara con dinero para establecer nuevos catecismos, la citada cifra sería mucho mayor. Todas las semanas mándanme nuevas listas de pueblos que piden se les envíe quien pueda instruirles.

—

Una no interrumpida serie de ocupaciones llena mi vida. Sentado á la espalda de una mula y acompañado de dos catequistas visito dos ó tres escuelas: arreglo divergencias, penosa pero cotidiana obligación: otras veces sostengo acaloradas discusiones con mandarines ú otras notabilidades, que sólo ceden ante la enérgica obstinación de *el diablo de Europa*. ¡Oh! ¡raza vil de mandarines y letrados! con ¡cuánto gusto cortarías cabezas de cristianos y misioneros! Perdí ya la cuenta de los avisos recibidos anunciándome que debía ser asesinado; son muy útiles y muy de apreciar, pues ayúdanme á hacer buenos y frecuentes actos de contrición.

Sucédense en pueblos y ciudades hostiles pasquines que ensucian paredes: 600 *cuchillos grandes* se han reunido en los alrededores y espérase la llegada de 2,000 más: «debo ser quemado, despedazado, aporreado, ahogado, desollado.» ¡Bravo! ¡estoy en peligro! Pero ¡valor y seguir viviendo! ¿qué impide la llegada de estos millares de *cuchillos grandes?* No serán ciertamente los cincuenta soldados que guarnecen la ciudad y que de *bravos* sólo el nombre tienen; no serán mis seis domésticos, ni los viejos fusiles que poseo, ni mis buenos compañeros que velan al rededor de esta casa todas las noches oscuras.

A pesar del peligro mis gentes permanecen fieles y decididas á defender la casa de la Misión. La presencia de quince ó veinte catecúmenos que sucédense sin interrupción para prepararse á recibir el Bautismo, ayúdales á cobrar ánimo. Además... y va lo bueno: ¡yo he fabricado bombas explosivas! Poseo cuatro recipientes de tierra cocida llenos de una libra de pólvora china y de pedazos de botella: completa mi obra una larga mecha de petardo que va á morir al centro de la pólvora. El primer momento de peligro será saludado con la explosión de parte de estas bombas: en la Misión todos están convencidos de que cada una de estas pequeñas ollas matarán cincuenta hombres. Para un segundo peligro quédanme otros cuatro recipientes de igual fama, llenos de igual materia y que han de producir iguales efectos. Mi aposento sirve de laboratorio. La menor imprudencia podría de súbito trasladarme á la eternidad más fácilmente que los sables de mis *amigos*, los *grandes cuchillos*. Amigos míos son, en efecto: por ellos ruego, celebro Misas en honor de sus Angeles de la guarda, quienes protégenme mejor que todas mis bombas de tierra cocida.

En la hora en que estas líneas escribo, una de la madrugada, estamos en guardia todos desde las diez de la noche: estos señores debían venir hoy.

—

¿Y los bandidos? Todas las noches vense los cuatro lados del horizonte iluminados por el siniestro resplandor de los incendios: todos los días tenemos noticias de cortijos saqueados, de viajeros robados, y todos los días son llevados al Tribunal del subprefecto, bandidos cogidos en fragante delito: pero el viejo mandarín, embrutecido fumador de opio, déjalos fácilmente en libertad mediante el pago de fijado rescate: pero, cuidado, esto del rescate es secreto, no puede decirse... Así las cosas, el comercio de los bandidos marcha en Pei-Hien viento en popa, y de todas partes acuden nuevos devotos que desean ingresar en tan edificante orden. Falta consignar que alguaciles y otros agentes subalternos son bandidos en servicio activo. ¡Y éste es un país civilizado! Parece, sin embargo, que el mandarín empieza á salir de su indigno sopor. Hoy le han presentado cuatro bandidos. Mandóles castigar, y descubrió que sobre pecho y espalda llevan el carácter *Fou* (felicidad).

Ayuntamiento de Madrid

Eran *Ta tao hoei*, nombre chino que significa *cuchillos grandes*. Sólo dos días han transcurrido del en que el *tao-tai* de Sin-tcheou-fou publicó un edicto contra esta secta. El subprefecto parece animado de grandes resoluciones: mañana serán estrangulados los cuatro últimamente cogidos. Si hubieran sido bandidos y nada más, fácilmente lograran escaparse, pero ¿quién les imbuyó la mala idea de llevar sobre sí el carácter *felicidad*? Esta fué su desgracia.

—

Y mi desgracia ¿cuál es? Tengo un grave penar en el corazón. Por centenares cuento los bautismos, y rodéanme 15,000 catecúmenos, pero... no tengo iglesia. Una sala capaz para 150 personas es mi única catedral. Pasa el invierno, y en menos de una hora construyo todos los años un templo inmenso, magnífico; cuatro troncos clavados en tierra y una vela protégenos parcialmente contra los rayos del ardiente sol, y los que en ella no pueden cobijarse, extiéndense por la llanura bajo la bóveda del cielo azul: mujeres y niñas agrúpanse en hermoso bosquecillo de copudos árboles, que guárdanlas amables de los ardientes rayos. ¡Hermoso espectáculo! Pero pasarán algunos meses y otra vez el frío invierno visitará estas tierras: ¿quién será el que para entonces me haya regalado una iglesia en honor de la Virgen de los Dolores, patrona de Pei-Hien?

SAN VICENTE DE PAUL

Un celoso misionero
un sabio eminente y un gran patriota

Biografía del P. Agustín María de Castro, agustino

(Continuación)

Embarcóse efectivamente en este mismo año de 1874 para la isla de Panay (1), con destino á uno de los pueblos más importantes de la misma, cual es el antiguo pueblo de Araut, hoy Tumangas.

Este pueblo, tan celebrado en la historia de la conquista de Filipinas por la cariñosa acogida que dispensó á los primeros españoles que allí arribaron, y á

(1) La isla de Panay, que por su tamaño, riqueza y población es la más importante de todas las Bisayas, se halla situada precisamente en el centro del Archipiélago Filipino, y comprendida entre los 11° 55' 57" y 10° 24' 37" de latitud Norte, y los 125° 30' 16" y 126° 50' 24" de longitud Este del meridiano de Madrid (á este meridiano nos referiremos siempre que en adelante hablemos de longitudes). Sus habitantes ascienden á más de un millón, con comarcas, que como la de los pueblos próximos á la ciudad de Ilo-ilo, tienen una densidad de población que iguala á las mayores de Europa. Su comercio es importantísimo, siendo el exterior de importación y exportación por el puerto de Ilo-ilo el que sigue al de Manila en magnitud: su agricultura es también muy floreciente, produciendo grandes cantidades de azúcar, arroz, tabaco y maíz principalmente; sus industrias de elaboración de azúcar, tejidos y bayones, y las extractivas forestales, merecen igualmente especial mención entre las del Archipiélago.

Al principio de la conquista constituyó toda la isla una sola provincia; luego fué dividida en dos, llamadas de Otong y de Panay, y actualmente formaba tres Gobiernos político-militares,

Ayuntamiento de Madrid

quien cupo la suerte de escuchar la buena nueva de los labios del V. P. Juan de Alba, primer apóstol de aquella región, está situado hacia la desembocadura del Jalaur, «que es uno de los dos ríos principales, que naciendo en unos altos montes del centro de la isla, el uno la atraviesa la mitad, corriendo hacia el Norte con el nombre de Panay, y el otro corre al Oeste con el nombre de Alaguer (Jalaur), desembocando en el mar dos leguas de distancia de Dumangas. Es pueblo muy hermoso, ameno y muy lleno de palmeras de cocos. Antiguamente era el emporio y corte de toda la nobleza de aquella isla, aunque tampoco se tienen en menos en estos tiempos (1).»

Sus habitantes ascienden hoy á uno 18,000, después de haberse formado varios otros pueblos nuevos dentro de la jurisdicción que antiguamente abrazaba. La principal riqueza del mismo la constituyen el cultivo de la caña de azúcar, que se da en abundancia en las riberas del Jalaur; el beneficio de los cocos y palmas de que están llenos los manglares que por todas partes le circundan; la pesca, que es muy abundante y exquisita por aquellos lugares, y los preciosos tejidos de piña, jusi y sinamay que labran las mujeres, y que tan justa fama tienen por todos aquellos contornos y aun por todas las Filipinas (2).

Por el tiempo en que pasó allá el P. Agustín María encontrábase de prior y ministro en dicho pueblo el Padre Fr. Juan Campos, Religioso de prendas y habilidad grande, el cual fué maestro de idioma de nuestro biografiado (3).

Tambien estuvo algún tiempo de vicario y compañero del P. Luis de Torrelablanca (4) en el convento de Jaro (5); é impuesto en el conocimiento del dialecto de aquella región, fuéronle extendidas por el P. Jacinto del Pico, á la sazón vicario provincial de aquellas partes, las licencias para confesar y predicar, y el título de misionero de los Mundos de Nalpa (1), nombre este último con el que se designa una región situada en los montes próximos á los pueblos de Pasi y Calinog, hacia el nacimiento del río antes mencionado. En esta región, como en toda la cordillera de montañas que median entre las tres provincias de Iloilo, Capiz y Antique, vivían entonces en estado salvaje numerosos infieles llamados mundos, cuyas costumbres describe el P. Martínez de Zúñiga, diciendo que «se deben llamar vagamundos,» pero los indios á las palabras castellanas algo largas les comen la mitad. Estos *mundos* son descendientes de los cristianos que, no pudiendo vivir en los pueblos por sus delitos, se han retirado al monte. No se oponen á hacerse cristianos con tal que los Padres vayan á sus rancherías á vivir; pero como esto es imposible por ser aquellos lugares inaccesibles á gente culta, se están en su infidelidad. Algunos bajan á los pueblos, y en su lugar se escapan otros que cometen nuevos delitos, y se conserva continuamente esta casta de gente, no obstante los esfuerzos que se han hecho para reducirlos. Los indios comercian con ellos, y les dan arroz y ropa en trueque de la cera y brea que bajan del monte, y por no perder este interés se han opuesto á que los *mundos* se reduzcan á vida civil y cristiana (2).» Los mundos que se meten á ladrones se llaman *ates,* y suelen juntarse hasta 300 á 400; bajan á robar á los pueblos, y aunque no cautivan la gente, llevan sus alhajas y vestidos. Hace pocos años que bajaron al pueblo de Dumalag más de 400 ates: el P. Barrona, riojano, Religioso agustino, juntó su pueblo y salió á recibirlos con armas á las puertas del lugar; pero luego que se acercaron, se le huyeron todos los

---

denominados de Iloilo, de Capiz y de Antique, el primero de los cuales tenía desde mediados de este siglo una Comandancia también político-militar subalterna, llamada de Concepción. De esta Isla publicó el año 90 una hermosa *Descripción física, geológica y minera*, y un *Mapa completísimo* y muy exacto, D. Enrique Abella y Casariego, inspector general de Minas del Archipiélago.

(1) P. Gaspar de San Agustín. *Conquistas de las Islas Philipinas...* Parte primera. Madrid, 1698, pág. 256.

(2) En este pueblo levantó hace pocos años una iglesia, que es verdadero monumento del arte cristiano, el P. Fernando Llorente, Religioso de imperecedera memoria en aquella provincia. El Sr. Abella antes citado, puso el nombre de Llorente á uno de los montes más elevados de la isla de Panay, en testimonio de agradecimiento á los grandes auxilios que el P. Fernando prestó á dicho ingeniero en sus trabajos topográficos. Véase la *Descripción* arriba mencionada, pág. 18, y la *Necrología* que del Padre Llorente publicamos en *La Ciudad de Dios,* vol. XLI, páginas 157-58.

(3) Véase el *Osario,* pág. 275, donde termina el P. Castro la biografía del P. Pablo Campos con estas palabras: «Si se hubiera quedado en su provincia ya fuera maestro y provincial, porque era muy estimado, como me dijo su sobrino el P. Fr. Juan Campos, mi prior y maestro de lengua en Dumangas, Religioso de prendas y habilidad grande.» Del P. Juan Campos trae el Sr. Abella en la obra ya mencionada, págs. 112-13, una carta muy curiosa en que se describen los destrozos causados por un terrible temblor de tierra, ocurrido en la isla de Panay el 13 de Julio de 1787.

(4) «Luis de Torrelablanca... fué también prior de Cebú el año de mil setecientos y sesenta y dos; después fué Prior de Jaro y Vicario Provincial y Juez Eclesiástico por el Señor Espeleta diez años seguidos... fuí Vicario y Compañero suyo en el Convento de Jaro, y soy testigo de sus grandes virtudes. *(Osario venerable,* pág. 216).»

(5) El pueblo, hoy ciudad de Jaro, capital del obispado, creado por Real decreto de 17 de Enero de 1865, está situado en terreno llano, á la orilla derecha del caudaloso río *Salog,* á los 126° 24' 24" long. E. y 10° 9" 30" lat. N.; fué fundado por los años de 1584 ó 1585, y tiene actualmente unos 16,000 habitantes. Fué parroquia administrada por los Padres Agustinos hasta su erección en Sede episcopal, y el gran desarrollo que ha recibido en él la riqueza se debe principalmente al trabajo de los Religiosos que han estado al frente de la parroquia. Merece especial mención entre todos el P. José Alvarez (n. en 1804, † en 1853), quien no sólo atendió eficazmente á la mejora de las costumbres y al adelanto de la instrucción religiosa, escribiendo varias obritas clásicas en el dialecto *hiligayno,* y distribuyéndola gratis entre sus feligreses, sino que también dió gran impulso al desarrollo de la industria y de la agricultura, procurando que las mujeres aprendiesen á labrar tejidos de seda, piña, jusi y sinamay, y que los varones se empleasen con asiduidad en el cultivo de los campos, logrando por este medio desterrar de entre ellos la ociosidad y la vagancia, inspirar la afición al trabajo y promover la riqueza en tal grado, que desde entonces comenzó á ser Jaro el pueblo más rico é industrioso de la provincia, y su mercado uno de los más concurridos y mejor provistos entre los de todos aquellos pueblos Bouring en su *Visita á las Islas Filipinas,* pág. 356, hace justicia al mérito sobresaliente de este Religioso, por estas palabras: «Jaro es considerado como el pueblo de mayor riqueza de toda la isla de Panay, y fué fundado en 1584 á 1585. Las siembras se extienden hasta gran distancia á su alrededor. Este pueblo está orgulloso de su gran puente de piedra, de más de 700 piés de largo y 36 de ancho, habiéndose debido su erección, así como los excelentes caminos, á la magnificencia de un cura, condecorado por su Soberano, en atención á sus grandes sacrificios por la patria.» El cura á quien se refiere el escritor inglés, era el citado P. Alvarez.

(1) «Jacinto del Pioo... Le traté; y me dió patentes de Confesor y Predicador en el idioma Panayano, y título de Misionero de los Mundos de Nalpa. *(Osario,* págs. 180-81).»

(2) *Estadismo de las Islas Filipinas.* Tomo 2.°, pág. 93.

Ayuntamiento de Madrid

indios; su fortuna fué que los mundos tuvieron miedo, y separándose del camino se fueron por las sementeras á refugiarse en la iglesia; el P. Barrona acudió á defenderla, volvieron algunos de los indios que se habían huido, y pudieron matar cuatro ó cinco mundos, lo que bastó para que huyesen los demás. Alentados los indios con esta victoria, no tardaron en matar al capitán de ellos, llamado Pedro, y desde entonces ha estado libre esta Provincia de estos rateros (1).»

Con dichos salvajes le tocó al P. María comenzar la carrera de su ministerio apostólico, y los trabajos que indudablemente padecería en la empresa de cristianizarlos y civilizarlos, las dificultades que tendría que vencer para llevar á cabo su propósito, y los peligros á que no pocas veces se vería expuesto fácilmente se comprenderán, teniendo en cuenta la fragosidad y espesura de aquellos bosques, la insalubridad de su clima y las costumbres de sus habitantes.

En cierta ocasión uno de éstos, llamado Sigai, hijo de otro que en tiempos anteriores había dado muerte al V. P. Félix de Rioja y Zúñiga en los montes de Bugarón, quiso también matar al P. Agustín en el pueblo de Calinog; pero Dios nuestro Señor le libró de las manos sanguinarias de aquel salvaje, para que pudiera continuar trabajando en la conversión de las almas, y escribir las hermosas obras que nos dejó (2).

En el año de 1765 fué nombrado presidente absoluto del convento de Panay y ministro de aquel pueblo (1), donde, según consigna el mismo P. María como dato curioso, tuvo por fiscales de la iglesia á los viznietos de Maxiclón, uno de los dos caciques primitivos de la isla. De allí pasó en 1766 á Passi, donde estuvo dos años (2).

Fué igualmente por algún tiempo ministro interino de Dumalag (3).

---

(1) Véase la misma obra, tomo 2.º, págs. 96-97. Todavía se conservan actualmente en los citados montes restos de los antiguos *mundos*. En el año de 1890 hizo una expedición al interior de aquellos lugares D. Narciso Fonsdeviela, capitán de la Guardia civil de Ilo-ilo, y terror de los tulisanes de aquella provincia, por los duros escarmientos que en ellos ejecutó, y según contaba, llegó hasta el sitio en que tenía su corte Verdín, reyezuelo de aquellos monteses, al cual invitó á bajar al llano y á vivir vida social bajo el amparo de la Autoridad de España, pero nada consiguió. Poco después recorrieron también aquellos parajes los PP. Paulino Díaz y Calixto González, agustinos, con el objeto de ver si era grande el número de infieles que allí se encontraban y establecer residencias de misioneros, caso que la gente fuese mucha; pero debieron de encontrar muy pocos, y no creyeron de gran utilidad el fundar allí Misiones vivas. En los años pasados hallándose el P. Joaquín Díaz de párroco en Lambunao, pueblo próximo á los citados montes, ha hecho algunas entradas, con las cuales ha conseguido persuadir á varios de aquellos desgraciados á bautizarse y á vivir en el pueblo.

También quedan aún por toda aquella cordillera varias familias de negritos, á los cuales llaman hoy los cristianos *ates* (¿Aetas?) Esta raza se cree que fué la que pobló la isla anteriormente á la llegada de los indios bisayas. Viven dichos ates ó negritos en estado completamente salvaje, y son sumamente refractarios á las enseñanzas de la Religión cristiana; no tienen punto fijo de residencia, ni ocupación con que ganarse la vida; sólo se alimentan de algunas raíces y plantas comestibles que encuentran en el monte, y del arroz que cosechan sin más que esparcirlo en cualquier sitio un poco llano, después de haber limpiado éste de toda maleza, prendiéndole fuego.

(2) En las págs. 92-93 del *Osario*, tratando de la muerte que dieron en los montes de Bugasón al V. P. Félix de Rioja y Zúñiga, dice el P. María: «Mucho alcancé yo de su fama cuando anduve por allí el año de 1764, y un hijo del matador, que era mi feligrés, llamado Sigai, me quiso matar á mí en el pueblo de Calinog; pero me libró Dios nuestro Señor de sus manos sanguinolentas, para que pudiera yo escribir esto.» El pueblo de Calinog se halla situado á la orilla del río de su nombre, en terreno llano, al pie de los montes que dividen la provincia de Ilo-ilo de las de Antique y Capiz; su clima es templado, pero poco saludable á causa de la escasa ventilación de que disfruta. Fué fundado en 1767, y en el día cuenta de 7,000 á 8,000 habitantes, los cuales son en general de muy buenas costumbres. La riqueza principal de este pueblo, así como la de sus limítrofes Dueñas, Pasi y Laño-búnao, la constituyen el cultivo del tabaco. En este pueblo trabajó mucho y con gran fruto, por el progreso de la enseñanza primaria y la mejora de las costumbres, el M. R. P. Manuel Gutiérrez, provincial actual de los Agustinos de Filipinas, y últimamente ha levantado el P. Crescencio Bravo una iglesia muy capaz y hermosa, aunque no tanto como las que en los inmediatos de Yambunao y Dueñas han edificado respectivamente los Padres José Lobo y Nicolás Gallo, todos agustinos.

(1) En las págs. 31-32 del *Osario*, dice: «Alonso de Méntrida... Yo he visto en el Archivo de Panay, siendo yo allí Ministro el año de 765, *tres tomos suyos de Sermones quadragesimales.*» Item, en la pág. 436 corrige al P. Gaspar de San Agustín por estas palabras: «A la pág. 215 dice que los Principales de Panay se llamaban Madidum y Maxicabug: ambos nombres están errados, el primero se debe nombrar Maxiclon, cuyos biznietos fueron mis fiscales en Panay, y se reían mucho leyendo esta desfiguración tan descomunal; el otro se llamaba Macabux, cuyos descendientes viven hoy día mostrando privilegios firmados y concedidos por Legaspi.» Panay, cabecera de la isla de su nombre á principios de la conquista de Filipinas, y el primer pueblo de la misma visitado por los españoles de la expedición de Legaspi, está situado en terreno llano, á los 128º 34' 30" long. E. y 11º 27' lat. N. Báñale el río de su nombre, y tiene actualmente unos 11,000 habitantes, los cuales se dedican principalmente al cultivo de la tierra, que les produce arroz en abundancia, maíz, cacao, ajonjoli, pimienta, caña dulce, algodón, abacá, mangas, cocos y otros frutos y legumbres. También se ocupan algunos en la pesca, y las mujeres en la fabricación de varias telas. Han regentado la parroquia de Panay muchos Religiosos eminentes en virtud y letras, de los cuales sólo mencionaremos á los Ilmos. Sres. D. Fr. Pedro Arce, después obispo de Cebú, y D. Fr. Hernando Guerrero, arzobispo de Manila, y al insigne P. Alonso de Méntrida, autor de los primeros y mejores *Diccionario*, *Gramática* y *Catecismo Bisaya-Panayano* que se han impreso, y de otras obras clásicas en aquel idioma. Hoy pertenece este pueblo á la provincia de Capiz.

(2) «Juan Sánchez... También se reimprimió (el Catecismo pequeño de la doctrina escrito por este Padre) el año de mil setecientos y sesenta y seis, siendo Yo Prior Ministro de Passi en Ilo-ilo. *(Osario venerable*, págs. 192-93).» Item, págs. 197-98: «Jaime Gasol... Yo fuí Prior Ministro de dicho Convento de San Guillermo de Passi, el año de mil setecientos y sesenta y seis.» El pueblo de Passi, perteneciente á la provincia de Ilo-ilo, fué fundado el año de 1593, y se halla situado entre montes, á los 26º 28' long. E., y 11º 10" lat. N. Sus limítrofes son Calinog y Dueñas, de la misma provincia, y Dumarao de la provincia de Capiz. Cuenta actualmente de 13,000 á 14,000 habitantes, los cuales han prosperado mucho en estos últimos años con el cultivo del tabaco. Entre los Religiosos más distinguidos en virtud que han estado al frente de la parroquia, merece especial recuerdo el V. P. Juan de Medina, de últimos del siglo XVI y principios del XVII, varón verdaderamente apostólico, apreciable historiador y notable escritor en el idioma panayano. El magnífico convento-casa parroquial que tiene hoy dicho pueblo, es obra del P. Crescencio Bravo, de quien ya hemos hablado.

(3) En las págs. 479-80 del *Osario*, corrigiendo al P. Gaspar de San Agustín, dice nuestro biografiado: «A la pág. 480 se pone el Autor mui despacio á referirnos la calidad, forma, hechura, materia, prodigios y virtudes de las Cruces que caen del Cielo con los Rayos en el pueblo de Dumalág, provincia de Panay, en donde tengo sido Ministro interino, y averiguado el punto á toda mi satisfacción, en más de veinte cruces de estas, que he visto y tenido en mi poder y uso. Por lo cual fallamos que toda esta narrativa es un desperdicio de tiempo y papel.»

El pueblo de Dumalag, perteneciente á la provincia de Capiz, se halla situado en los 125º 58' long. E. y 11º 14' lat. N., á la orilla derecha del río Panay, en terreno llano y clima saludable. Confina por el E. con Dumárao y con el río Panay; por el N. con Dao; por el S. con los montes que forman el límite entre la provincia de Ilo-ilo y la de Capiz, y por el O. con Mambúsao. Fué fundado en 1595, y tiene actualmente unos 8,000 habitantes. Uno de los Religiosos que más han trabajado en este pueblo ha sido el P. Angel Abasolo, fallecido recientemente, hablando del cual decíamos en

Ayuntamiento de Madrid

THANOS OSORIA.—(Perfil), *negrillo de la Misión de Fernán-Vaz,* 12 á 14 años: reproducción de dibujo del Ilmo. Le Roy. *(Pág.* 160)

NZNO.—Enano de la tribu Eshia (Gabón), 20 años. Talle en pie, 1'10 m.; sentado, 0'57. *(Pág.* 160)

Durante los cinco años que fué ministro y párroco en las mencionadas provincias (1), á la vez que procuraba cumplir con perfección los deberes del ministerio apostólico, registró los archivos de aquellos conventos, leyó y examinó los escritos de nuestros Religiosos que en ellos se encontraban, y reunió gran copia de materiales para la obra predilecta que traía entre manos.

Con el mismo doble objeto pasó en 1768 á la isla de Cebú, y después de haber permanecido en nuestro convento del Santo Niño por espacio de dos meses (1),

---

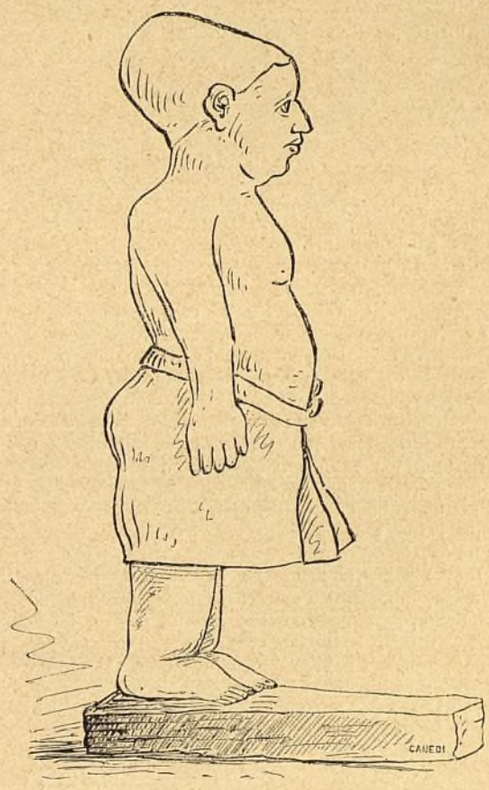
la reseña biográfica que publicamos poco ha en *Las Misiones Católicas:* «Los beneficios que dispensó á los feligreses de aquel pueblo no son para numerados en breves líneas; baste decir que con sus sermones, exhortaciones privadas, distribución de libros de piedad, ejercicios espirituales, y más aún con su trabajo de confesonario en el que empleaba seis y siete horas diarias, tanto en los cuatro meses que allí dura el cumplimiento pascual, como en los sábados y vísperas de fiestas, llegó á conseguir ver convertidos á sus feligreses en religiosos de la más estrecha observancia, y su pueblo en un verdadero monasterio. A pesar del trabajo que todo esto supone, todavía encontró el P. Angel alientos en su espíritu y energías en su celo para llevar á cabo otras obras importantísimas para el mayor bien de sus feligreses. Construyó la iglesia de aquel pueblo, y tal arte se dió para arbitrar recursos, que habiéndola comenzado con sólo 300 duros, está evaluada por personas inteligentes en 50,000. En esta obra le ayudó mucho el Ilmo. Sr. Cuartero, dignísimo obispo de Jaro, y sobre todo el pueblo, que no perdonó sacrificios ni dineros hasta ver terminada y hermoseada la Casa de Dios, cual lo deseaba el celoso párroco P. Abasolo. Edificó igualmente de piedra sillería, dos escuelas para los niños de ambos sexos, y puso los cimientos de las Casas Consistoriales, ó como allí se nombran, Casa-Tribunal. Levantó casi de nueva planta el convento, é hizo un cementerio de piedra y dos puentes: en una palabra, en los quince años que administró aquella parroquia la dejó dotada de buenos y hermosos edificios públicos, tanto en la parte religiosa, como en la civil, como en la que atañe á la instrucción. Todavía hizo más: organizó una excelente banda de música, proporcionándoles instrumentos y piezas, muchas de las cuales eran aires vascongados, pues el P. Angel encontraba especial satisfacción en oir ejecutar estas piezas que traían á su memoria recuerdos gratos del suelo en que había nacido.» Véase la Revista citada, vol. 6.°, pág. 510.

(1) En las págs. 137-38 del *Osario,* enumerando los escritos del P. Hipólito Casiano Gómez, dice: «Item: *los trabajos de Jesús y los trabajos de María,* dos tomos en quarto, idioma Panayano; claro, lacónico, elegante estilo; manuscritos en todos los Conventos Parrochiales de aquella Isla de Panay, en la cual fuí yo Prior y Ministro cinco años.»

(1) «Andrés Puertas... El año de 768 estuve yo de huésped allí (en el Convento de Cebú) como dos meses, y se estaba acabando la Biblioteca, que es pieza curiosa y abastecida de dos mil cuerpos de libros buenos. *(Osario venerable,* pág. 44).» La isla de Cebú, una de las más importantes del grupo de las Bisayas, se halla entre los 126° 40' y 127° 32' 30" long. E. y los 9° 25' 40" y 11° lat. N. En ella comenzó definitivamente la colonización española de Filipinas y la cristianización de sus habitantes, la primera por la prudencia y valor de Legaspi y sus soldados, y la segunda por la predicación de los inolvidables PP. agustinos Urdaneta, Rada, Herrera, Gamboa y Aguirre. Su capital es la ciudad de Cebú, fundada en 1571 por Legaspi con el nombre de villa del Santo Nombre de Jesús. Entre sus edificios más notables se encuentra el convento de Padres Agustinos, fundado en 1565. «En su hermosa iglesia, titulada del Santo Niño, se venera la imagen del Santo Niño, llamado de Cebú, que un soldado vizcaíno de los de la armada de Legaspi halló en un cajoncito, en la entrada que hicieron los españoles en las casas de los indios, después que éstos, asustados al ver unos hombres enteramente desconocidos para ellos, abandonaron la población retirándose á los montes. Presentada dicha imagen al P. Urdaneta, fué tanto el gozo de su espíritu, que bañó su venerable rostro de copiosas lágrimas, y habiéndola presentado éste al general Legaspi, cuya religiosidad

Ayuntamiento de Madrid

THANOS OSORIA.—(Frente) copia de un dibujo del Ilmo. Le Roy. *(Pág.* 160)



El enano NEM-TLOPET, estatua de calcárea en el museo de Boulaq (V ó VI dinastía) *(Pág.* 160)

fué nombrado ministro de Boljoón (1). Por los años siguientes ejerció también la cura de almas en los pueblos de Jaro y Ogmuc en la isla de Leite, y en otros de la de Samar (1*) de donde pasó en 1773 á Opón, en la pequeña isla de Mactan, pueblo al cual estaba anejo entonces como visita el de Talamban ó Mabolo en Ce-

---

era bien conocida de toda la armada, la adoró también con tanta efusión, que ordenó inmediatamente que los Religiosos dispusiesen un altar donde colocarla, lo que se ejecutó desde luego. Hallándose dispuesto ya el altar y estando celebrando una solemne Misa, llegaron algunos indios mandados por Tupas, reyezuelo de la isla, y sorprendidos aquéllos al ver el religioso respeto que los españoles ofrecían á la imagen que ellos tanto apreciaban (sin embargo de no conocer la divinidad que representaba), dieron parte al mencionado reyezuelo, quien admirado de semejante acontecimiento, depuso el miedo que la vista de los españoles les había infundido, y acompañado de muchos cebuanos, se presentó al general Legaspi y á los Padres Agustinos. Esta obediencia fué de tanta importancia para la conquista del país, por los servicios que prestaron á los españoles dichos isleños, que á esta adquisición se debió el que la reducción de esta isla y sus inmediatas (que se puede decir que se verificó sin disparar apenas un tiro) fuese momentánea. (PP. Buzeta y Bravo. *Diccionario Geográfico, estadístico, histórico de las Islas Filipinas.* Tomo 1.°, página 553).» Otro de los edificios más importantes de la capital cebuana es el palacio episcopal, obra del insigne obispo agustiniano D. Fr. Santos Gómez Marañón.

(7) «Francisco Patiño... bolvió á sus queridos Pintados, y siendo Prior de Bolohón (sic) en la Isla de Cebú, le mató á puñaladas un malhechor, retraído en la Iglesia, y este fué el pago que le dió por sustentarlo y advertirle su obligación. Así me lo afirmaron los anzianos de aquel Pueblo, quando estuve allí de Ministro el año 769. *(Osario venerable,* pág. 93).» El pueblo de Boljoón, situado en la costa S. E. de la isla de Cebú, á los 126° 59' long. y los 9° 47' lat. N., fué fundado en el año de 1745, y tiene actualmente 7,000 habitantes. En él dejó recuerdos imperecederos de su celo y actividad, tanto por el bien espiritual como por el material de sus feligreses, el insigne P. Julián Bermejo (n. en 1777, † en 1851). Referir minuciosamente lo que trabajó en dicho pueblo el mencionado Religioso, traspasaría los límites de una nota; remitimos por tanto al curioso lector á los *Apuntes biográficos* que acerca de este esclarecido misionero y valiente patriota publicó el P. Fabián Rodríguez, en el vol. XI, pág. 18 y sigs. de la *Revista Agustiniana.* Aquí sólo transcribiremos lo que pone el P. Cano en la pág. 227 de su *Catálogo* arriba citado: «Una asombrosa actividad, dice, distinguía á este infatigable Religioso. Al ver los inmensos daños que los piratas moros causaban en las poblaciones de aquella costa, siendo su pueblo de Boljoón uno de los que más padecían las consecuencias de la piratería, determinó en su animoso espíritu dar fin á aquel estado aflictivo de su pueblo, para cuyo efecto edificó una línea de baluartes desde el Tañong hasta el pueblo de Sibonga, que artilló y dotó de gente armada del pueblo; estableció una línea telegráfica en la que por medio de banderas avisaban en los pueblos de aquella costa la aproximación de los moros, y el punto de reunión para defenderse de aquella plaga. Si bien por este medio logró el P. Bermejo impedir el cautiverio en aquellos pueblos, no le agradaba el estado de continua alarma en que le tenían los piratas, y determinó tomar la ofensiva, para lo que mandó construir una armadilla de diez barangayanes, que con los de los pueblos de Argao, Dalaguete y Sibonga, y armados de dos falconetes cada uno y el número de armas blancas suficiente para defenderse del abordaje de los moros, saliesen en persecución de éstos á la primera noticia de los telégrafos. Supo este Padre inspirar á los indios tal valor y confianza, que salían á pelear con los piratas tan contentos como si fuesen á una fiesta, y con tan buena suerte, que en todos los encuentros que tuvieron con los moros los derrotaron, hasta el último combate que tuvieron contra siete pancos bien tripulados y mandados por sus datos, pues venían de exprofeso á deshacer la arma-

(1*) *Véase la nota en la página siguiente.*

Ayuntamiento de Madrid

bú, que hoy constituye parroquia independiente. En dicho Opón, cuenta el P. Castro, y lo notamos como noticia curiosa, que tuvo por fiscal zelador el capitán Laurong, viznieto del cacique de Mactan llamado Lapolapo, que fué quien mató á lanzadas al insigne Magallanes (1).

---

dilla del P. Bermejo; pero al encontrarse junto á la isla de Sumilón pelearon los indios con tanta resolución y fortuna, que en más de tres horas de combate echaron á pique tres pancos, apresaron uno, y los tres restantes estropeados y muy mermada su gente, huyeron quedando tan escarmentados, que no volvieron á aparecer por aquella costa hasta el año 53, en que supieron que ya no salía la armadilla. Dos sublevaciones que huvo, la una en Sibonga y la otra en Tinan, las apaciguó el P. Bermejo con sola su presencia y prestigio. Apreciando el Capitán general estos y otros importantes servicios, dió las gracias de oficio al Provincial, manifestándole el aprecio que en su estimación merecía el P. Bermejo, por los beneficios que eran deudores la Religión y el Estado á este Religioso. Edificó la iglesia y convento de Boljoón y la de Oslob, que concluyó el año de 1847, todo de materiales fuertes, y en cada una de las tres visitas restantes hizo convento é iglesia de tabique y nipa.»

Nota de la página anterior.

(1*) En las págs. 348-49 del *Osario venerable,* cuenta el P. María entre los pueblos que á consecuencia de la expulsión de los Jesuitas quedaron á nuestro cargo, á Salog ó Jaro, del cual dice: «Tiene y tuvo siempre Ministro propio, que al presente es el Padre Fr. Agustín María, que vino de Ilo-ilo á este efecto. Y es Autor de esta obra y testigo de vista.» En la pág. 346 encontramos también lo siguiente: «El pueblo de Ogmuc está en la playa, tiene Iglesia y Casa de piedra... Aquí estuve yo dos meses, é hice un Mapa Topográfico de toda esta Isla de Leyte.» Finalmente, en la pág. 431 dice: «A la Isla de Samar en la cual fuí Ministro por algunos años, llamaron nuestros primitivos *Tandaya,* por un Cacique así llamado que les favoreció mucho en aquella tierra.» La isla de Leyte se halla comprendida entre los 127° 33' y 128° 53' long. E., y los 9° 49' y 11° 34' lat. N. A ésta (no á la de Samar, como dice equivocadamente el P. Agustín María) pusieron nuestros conquistadores el nombre de Tandaya. Los primeros misioneros que predicaron en ella de una manera estable el santo Evangelio fueron los PP. agustinos Alonso Gimenez y Alonso Velázquez; pero ya en el mismo siglo XVI fué cedida á los Padres Jesuitas, los cuales tuvieron á su cargo la administración espiritual de la misma hasta fines del siglo pasado, en que Carlos III los expulsó, como es sabido, de todos los dominios españoles. Entonces volvieron á tomarla los Agustinos, mas no contando éstos con personal suficiente para atender á tantos ministerios, los entregaron luego á los Padres Franciscanos, quienes han continuado hasta nuestros días trabajando en ella con mucho celo y no pequeño fruto. Al Norte de Leyte, y separada de ella por un pequeño estrecho, llamado de San Juanico, se halla la isla de Samar, cuya administración espiritual ha corrido las mismas vicisitudes que la de su vecina. En el mencionado estrecho hay varios islotes, en los cuales «el P. Ignacio Callazo, Agustino, (N. en 1743, † en 1797) formó algunos fuertecillos, les puso artillería, y de ese modo cerró enteramente el paso á los moros, en gran beneficio de todos los pueblos de la otra banda del estrecho, adonde no pueden ir ahora estos piratas, sino saliendo á la mar ancha por el E. de Leyte y Mindanao, lo que regularmente no se atreven á ejecutar. (P. Martinez de Zúñiga. *Estadismo de las Islas Filipinas,* tomo II, pág. 63).»

(1) *Osario venerable,* pág. 392. Mactan es una islita situada al Oriente de la costa de Cebú, y próxima al puerto de este nombre. Tiene el recuerdo tristísimo de haber perecido en ella, luchando de un modo heroico, el inmortal Magallanes: la lucha motivóla el deseo de Magallanes de que los indios de Mactan, hostiles al reyezuelo de Cebú, se sometieran á su cacicazgo. En el sitio donde murió el insigne marino, evoca su memoria un modesto mausoleo levantado hace pocos años por el P. Jorge Romanillos, agustino, en sustitución de otro aún más pobre que existía, consistente en una cruz, al pie de la cual se leía la inscripción siguiente hecha en molave: «Día 26 de Abril del año 1521 murió en este mismo sitio peleando valerosamente el Gral. de la escuadra española D. Hernando Magallanes, cuyo solo nombre es el mayor elogio. Deseando que no se pierda la memoria del lugar donde acaeció tan célebre como funesto suceso, mientras las circunstancias no permitan erigir un monumento digno del héroe descubridor, consagra este religioso y humilde recuerdo el curapárroco de la isla R. P. Fr. Benito Rodriguez. 29 de Febrero de 1843.»

Cargado ya de materiales, datos y manuscritos recogidos en todas aquellas islas, y habiendo escrito de cada una de las cuatro principales, Panay, Cebú, Leyte y Samar una descripción geográfica con su mapa correspondiente, volvió á Manila con el nombramiento de bibliotecario propietario de nuestro convento, cargo en el cual fué reelegido varias veces.

Fr. M. D. A.

LOS FRAILES EN FILIPINAS (1)

Trabajos masónicos.—Descubrimiento del Katipunán.—Carta de Morayta

EL FRAILE

¿Quién es el P. Mariano Gil?

—Un fraile con cuyo retrato honramos hoy *El Centro.*

—¡Frailes á estas alturas y después de lo ocurrido en Filipinas! ¡Qué atrocidad!

—Pues precisamente por eso, por lo ocurrido en Filipinas, publicamos orgullosos el retrato de un fraile.

—¡Pero hombre, si los frailes tienen la culpa de que haya perdido España aquel hermoso Archipiélago!

—¡Claro, y á los masones debe España su conservación durante trescientos años. ¡Cuánta canallada y cuánta calumnia!

Detrás de Legazpi y Magallanes llegaron los frailes á Filipinas, y con sola su influencia moral, es decir, con sus incesantes trabajos de evangelización, con su virtud, con su prestigio, con sus sacrificios y continuos desvelos á fin de conquistar almas innumerables para Cristo y para la madre patria, con su propaganda perenne de las costumbres cristianas, de las artes y de las ciencias, civilizaron á los indios convirtiéndolos de salvajes en hombres casi cultos, de casi monos en cristianos con toda la dignidad y excelencias que llevan consigo la Redención y la Iglesia católica, madre del progreso moral y de la civilización verdadera. Durante trescientos años, sin fuerza material alguna, sin guarnición casi en aquellas islas numerosas, los frailes, y nadie más que los frailes, han sido el instrumento de que se ha servido la Providencia divina para mantener sometidos ocho millones de indios á la soberanía de Cristo en primer lugar, y á la soberanía de España en segundo término. Sólo en guarniciones los frailes han ahorrado á España durante las tres centurias dichas, millones incontables. La protestante Inglaterra se sirve hoy día en la India de más de ochocientos jesuítas

---

Los habitantes de Mactan formaban hasta hace poco tiempo un solo pueblo, llamado Opón, cuyo convento-casa parroquial, obra del P. Simón Aguirre, á quien mataron los tulisanes en 1865, es una verdadera fortaleza, y en la planta baja estaban instaladas las escuelas de niños de ambos sexos. Hoy existe en la misma isla otro pueblo de reciente creación, llamado Córdoba, cuyo último párroco español ha sido el celoso P. José Boztán, asesinado por los insurrectos cebuanos en la Semana Santa del año próximo pasado. (Véanse *Las Misiones Católicas,* tomo 6.º)

(1) Como ampliación de la biografía del ilustre misionero agustino, P. Mariano Gil, que publicamos el año próximo pasado, insertamos hoy en nuestras columnas este interesante artículo, tomado de *El Centro,* de Valencia.

Ayuntamiento de Madrid

católicos para la dominación de los indígenas, y hace perfectamente, pues cada jesuita equivale por lo menos á mil soldados, dado que es imposible someter á los pueblos más que de dos maneras: ó con fuerza moral, ó con fuerza material, siendo cien veces preferible la primera á la segunda. Pero nuestros liberales, masones en su inmensa mayoría, profundizan más que los ingleses en cuestiones de gobierno, tienen más patriotismo, más amor á la *solidaridad* universal, más odio á la Iglesia católica, y se derriten de ternura por los salvajes. De aquí que toda su gran política en Filipinas y en nuestras colonias todas, se haya reducido en nuestros desdichados días á hundir á los frailes, despojándolos contra toda verdad y justicia del prestigio indispensable para que en el Extremo Oriente continuase la dominación española, protegiendo á su manera á los indígenas, es decir, afiliándolos en la Masonería, y fundando entre ellos Sociedades secretas y filibusteras, donde, en estos diez años últimos sobre todo, tuvieron escuela permanente de odio satánico á Cristo y á España.

Caso de odio sectario y antipatriótico no nuevo en la metrópoli y sus colonias. La Masonería tramó y obtuvo al fin la pérdida para España de las Américas del Sud. La Masonería consiguió el alzamiento de Riego el año 23 para el logro de sus planes inicuos. El Gran Oriente de Colón, de acuerdo con el de Madrid y con el Supremo Consejo de Charlestón, es decir, la Masonería, nos han robado recientemente la grande y pequeña Antilla, y á la Masonería cosmopolita se deben, en primer término y en suma, todas nuestras desdichas.

Difícilmente se encontrará en la historia de pueblo alguno culto, crimen más horrendo que el cometido en España con los frailes el año 1835: indefensos y benéficos sacerdotes fueron inhumanamente asesinados por turbas fanatizadas. Aquella carnicería sin ejemplo se acordó en los antros masónicos y revolucionarios de la época, perpetráronla sicarios asalariados, y la consintieron los conservadores de entonces, tan dignos como los de ahora de la execración nacional.

España no ha aprendido ni se enmienda. Transcurridos sesenta y cuatro años, hemos vuelto á oir gritos semejantes á los del año 35, si en la Península no, en el Archipiélago filipino, conservado hasta hace poco para la madre patria precisamente por esos mismos frailes, tan calumniados como inicuamente perseguidos, y perdido definitivamente para España, precisamente también por haber derrochado esa inmensa fuerza moral del fraile, que mantenía gratis en el Extremo Oriente la soberanía española.

El Sr. Perojo, testigo de mayor excepción por ser liberal y por haber desempeñado el cargo de gobernador de Manila, lo ha dicho en el Congreso sin que se haya atrevido nadie á contradecirle.

«Filipinas se pierde, dijo, por culpa del nuevo régimen allí implantado con la imprevisión con que en España lo hacemos todo. Las antiguas leyes de Indias, organismo dictado por la sabiduría y experiencia de los siglos, no fueron reemplazadas por las leyes especiales prometidas para nuestras colonias en todas las Constituciones: las atribuciones del Consejo de Indias y la Audiencia de Manila, pasaron sin cortapisas de ningún género, ni responsabilidades de ninguna clase, á nuestros gobernadores y capitanes generales de las colonias, verdaderos virreyes absolutos, que han hecho y deshecho en el Archipiélago cuanto han tenido por conveniente, sin miedo á nada ni á nadie; anualmente han venido consignando en aquel presupuesto muchos millones de pesos para las atenciones de guerra y marina, como en el último hecho por el Sr. Castellanos, en que esta consignación ascendía á la respetable suma de diez millones de duros, y allí no hemos tenido nunca ni ejército de mar, ni de tierra, ni buques, ni fortificaciones, como amarga y elocuentemente lo ha demostrado el reciente desastre de Cavite.»

Pues bien, de todo este desbarajuste, de todas estas criminales imprevisiones, de todos estos despilfarros inútiles, de la pésima administración de unos gobernadores generales, de los robos escandalosos de otros, de las torpezas de éstos, de los despilfarros de aquéllos, de la vanidad estúpida de alguno que se empeñaba en gobernar el Archipiélago sin conocerlo y sin consultar á los expertos, de las canalladas antipatrióticas de los sectários peninsulares é indígenas, y hasta del *honrosísimo y fructífero* pacto de Biacnabató, de todo, absolutamente de todo, han tenido la culpa los frailes.

Pero no se necesita ser estadista, ni historiador, ni político, ni nada, para comprender la índole y causas de la insurrección filipina: basta el sentido común. ¿Contra quién han dirigido sus tiros y contra quién han extremado sus rigores los tagalos insurrectos? ¿Contra los frailes? Pues el sentido común nos dice que éstos son ó eran el verdadero obstáculo de la insurrección y del separatismo, los amigos incondicionales de España, los únicos y verdaderos defensores de la soberanía española en el Archipiélago. Pero ¿se quiere una prueba inconcusa de esta verdad, que está en la conciencia de toda persona sensata y libre de prejuicios sectarios? Léase la siguiente conclusión del pacto yanqui-filipino, que publicaron los periódicos con todos los caracteres de la verosimilitud casi oficial:

«Novena. Habrá tolerancia general religiosa; pero se adoptarán medidas para la ABOLICION Y EXPULSION DE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS, que con mano tan fuerte se han impuesto, desmoralizando la actual Administración civil.»

(Se concluirá).

Recuerdos del Catolicismo en el Tonkin

XI

Martirio del P. Cornay y de Javier Cau

No debían los misioneros españoles y franceses ser menos privilegiados que los sacerdotes tonkinos, y poco tardaron en compartir con aquéllos la dicha de derramar su sangre por Cristo.

El primer francés aprisionado en Tonkín fué Juan Claudio Cornay, natural de la diócesis de Poitiers

Ayuntamiento de Madrid

M. R. P. Fr. Antonio Redondo, *agustino*

Misionero de Filipinas, prisionero de los tagalos, fallecido recientemente en la prisión á causa de los malos tratamientos recibidos.

(Francia). La detención verificóse de la siguiente manera:

Los habitantes de Bau-no, provincia de Son-Tay, obligaron á huir de dicho pueblo á un jefe pirata que en él se albergaba, el cual poco tardó en caer prisionero. Deseando vengarse del pueblo que lo expulsara, denunciólo como conculcador de edictos imperiales por esconder á un sacerdote europeo, el P. Cornay. Los mandarines con desusada benevolencia negáronse á escuchar la denuncia.

Los anamitas están dotados de imaginación fecunda: mentir y levantar falsos testimonios cosas les son en extremos fáciles: y sin la menor dificultad inventan historias desprovistas por completo de todo fundamento.

La mujer del condenado presentóse al misionero pretextando quería hacerse católica: asegurada por este medio de la presencia del sacerdote en Bau-no, tramó contra él una grave calumnia que quiso apoyar con hechos.

Una oscura noche mandó esconder armas en los alrededores de la casa residencia del Padre, y acto seguido voló á acusar al pueblo de ser foco de una insurrección fomentada por un predicador extranjero. El gobernador, creyendo ó no creyendo la denuncia, no pudo en manera alguna negarse á oírla: envió un general á bloquear Bau-no, y el 28 de Junio de 1837 mil quinientos soldados y trescientos paganos rodearon la cristiandad, ocupándola militarmente.

Intimóse al alcalde católico la entrega de todas las armas y á que nombrara todos los jefes de la sublevación. Este, como debía, contestó negando fuesen verdad los denunciados hechos; pero cuando los paganos regresaron llevando las picas y lanzas escondidas, y cuando los mandarines dieron orden de aporrearle, temeroso el infeliz dijo cuanto deseaban, acabando por denunciar al misionero. Permanecía éste escondido en espeso matorral á corta distancia del teatro de dichos sucesos: como el alcalde desconociera el lugar preciso, sólo pudo indicarlo, y acto seguido dieron los soldados general batida, que al breve rato puso al Padre en su poder.

—

Dejemos relatar al apóstol los detalles de su arresto y los primeros días de prisión.

«Cuando ví brillar en el espeso matorral las largas lanzas de afilado hierro, salí del escondite y me entregué á los soldados. Uno de ellos cortó una liana, y mientras atábame los brazos sobre la espalda, yo ofrecía aquel tormento á Jesús atado á la columna.

«Llevado acto seguido á presencia del mandarín, me adornaron con hermoso grillete. Después de sufrir largas horas los ardientes rayos del sol, sentéme y esperé pacientemente cuanto les ocurriera mandarme.

«Eran las cinco de la tarde, y sintiendo los efectos del prolongado ayuno pedí arroz al mandarín, quien ordenó me dieran tres cucharadas: siendo ellas mi única comida. Así transcurrió el primer día.

«Al siguiente sacáronme el grillete para encerrarme en una caja provisional hecha de bambús, á excepción de los cuatro ángulos que eran de madera. Pusímonos en marcha. Llegados á donde debíamos pasar la noche, entraron los mandarines en un templo, pero la pobre caja quedó á la puerta. Así, al aire libre, pasé la segunda noche.

«Al nacer la aurora del jueves 22 de Junio, continuó el convoy su interrumpida marcha: durante el camino recé, leí, canté y charlé, de suerte que todo el mundo celebraba mi excelente humor.

«Al centro marchaba mi caja llevada por ocho hombres y cubierta con la alfombra del altar. Llegamos al límite de una prefectura. Dejáronme delante del mandarín, quien hízome cantar, pues empezaba á popularizarse mi habilidad. En vano pretendí excusarme diciendo que estaba en ayunas, no tuve más remedio que cantar. Procuré lucir todas las bellezas de mi voz averiada por un casi total ayuno de dos días y medio, y canté algo, lo que recordaba, de las viejas canciones de Montmorillón. En paga diéronme de comer.

«Finalmente llegamos á Doai, capital de la provincia del Oeste. Dejáronme á la puerta del palacio del gobernador, y para darme de comer obligáronme á cantar coplas dedicadas á la Virgen.

«Poco tardaron en llevar una caja grande, que debía ser mi habitación definitiva. Traíanme atado de brazos, pero no contentos con ello, al sacarme de la primera para echarme en la segunda, cargáronme de cadenas.»

Enterado de esta captura y de los proyectos del Padre Cornay, Minh-Mang ordenó á los mandarines la resolución del asunto.

El día 20 de Junio principiaron los interrogatorios, sucediéndose monótonos y fastidiosos; los jueces querían que el reo se declarara culpable del delito de rebelión.

«No, contestábales, no es verdad, y prefiero mil veces sufrir toda clase de tormentos, antes que afirmar una calumnia y salvarme por una mentira.»

Ayuntamiento de Madrid

SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Ayuntamiento de Madrid

El 11 de Agosto propináronle cincuenta golpes con una caña de india, guarnecida de plomo en su parte inferior. Ocho días después probaron de tenderle sobre una cruz, que tomó con rápido movimiento y besó con singular devoción. Recibió sesenta y cinco golpes de caña de india con tal fuerza, que tres saltaron hechas pedazos.

Finalmente los mandarines lo condenaron á muerte, y el rey ratificó la sentencia.

Con grandes ansias deseaba el prisionero fortalecer su alma, confesándose y recibiendo por vez postrera la Sagrada Eucaristía; ningún sacerdote logró visitarle: las siguientes palabras manifiestan su profunda pena:

«Dios mío, contrición por confesión; mi sangre por Extremaunción. No siento en mi conciencia el peso horrible del pecado mortal, pero no por ello me creo justificado. María me alcanzará la contrición, y la espada me dará la unción.»

Fué decapitado el 20 de Septiembre de 1837 á corta distancia del castillo de Son-Tay. El edicto real mandaba despedazarlo. Este suplicio, reservado á crímenes de Estado, consistía en cortar primero brazos y piernas, luego la cabeza y después el tronco en cuatro partes. Por humanidad el mandarín mandó á los verdugos cortaran primero la cabeza. Acto seguido cortaron los miembros. En el mismo escenario de la muerte el valor del mártir recibió un primero y horrible homenaje. Creen los anamitas que comunica valor comerse el hígado de un hombre intrépido, y guiado por esta creencia uno de los verdugos arrancó el de la víctima y comiólo parcialmente, en tanto que otro lamía la espada teñida de sangre del mártir (1).

No había transcurrido un mes, y de nuevo la espada del verdugo cortaba la cabeza del jóven catequista Javier Can, nombre que han hecho célebre las cartas del Ilmo. Retord.

El 19 de Abril de 1836 el Ilmo. Retord, en aquel entonces misionero, llamó á su catequista Javier Cau.

—Vete á Ke-Chuong, le dijo, á visitar al alcalde, que es cristiano: le preguntarás si el P. Juan podrá permanecer dos días en su casa para atender á las necesidades espirituales de la parroquia. Después irás á Ke-Vac á dar cuenta al Padre de la contestación del alcalde.

Javier Cau partió. Visitó al alcalde, que le contestó afirmativamente, y acto seguido dirigióse á Ke-Vac para avisar al sacerdote anamita.

El Padre había huído al saber que su presencia era conocida y que querían aprisionarlo. Sus perseguidores permanecían reunidos en una casa al extremo de la ciudad, tratando de ahogar con vino su última decepción, cuando vieron pasar á Cau.

—¿Dónde vas? gritáronle.

—Sigo mi camino.

—¿Conoces á alguien en nuestra ciudad?

—Sí, conozco particularmente al anciano jefe del cantón.

Este jefe era católico, y los paganos creyeron que Can también lo sería. Hallábase entre ellos un enemigo personal de dicho jefe, quien excitóles diciendo:

—Es enemigo de Ton-Quan, cogedle.

Lo detuvieron, presentándole cruces é imágenes que habían robado y mandáronle pisotearlas. Negóse el joven, y entonces aquellos miserables lo entregaron al subprefecto, que presentóse al frente de doce soldados, quien mandó aprisionar á Javier Cau.

—

Efecto de este arresto fué el recrudecimiento de la persecución. En el fondo de los bosques que le sirvieron de refugio, el P. Retord escribió la triste historia de estos días de lágrimas y sangre, terminando su relato con esta valiente exclamación, propia de los que saben desafiar la muerte sin palidecer:

Negro el cielo, sin estrellas; ruge sobre el mar el viento; y mi *esquif* de débil vela, destroza el fiero huracán. Rodéanme sombras de muerte y flotan negros crespones; de la eternidad suena la hora. ¡Morir! es mi última esperanza.

Desde su retiro escribía frecuentemente á su catequista, alentándole y dándole fuerzas con palabras henchidas de dulzura y afecto:

«Abraza los grilletes que te han puesto con tanta fuerza y amor, como la Magdalena los piés del divino Jesús: día vendrá en que has de verlos trocarse en aureola brillante. Coloca tus piés en el cepo con alegría igual á la que deben sentir los mandarines al pisar una alfombra de rosas, y recuerda que ellos han de servirte para subir las gradas del trono inmortal que tienes preparado en los cielos. Vive alegre en la negra prisión, soñando que ella es la antesala de los palacios eternos.»

Era esta correspondencia la alegría del joven prisionero, sin que por esto disipara todas sus tristezas. El rayo de sol que pasa á través de los hierros de lóbrega cárcel alivia tal vez el penar del cautivo, pero no logra hacerlo desaparecer. Javier Cau pasaba horas de abatimiento, que vemos reflejarse en los siguientes párrafos de cartas dirigidas á sus amigos:

«Nace el día, y sumido el corazón en abatimiento profundo, veo extender ante mí la prespectiva de un inmenso mar de miserias: llega la noche, y la contemplación de un cielo sembrado de algunas estrellas sin brillo, acrecienta mi acerbo dolor. Sucédense en mi alma los pesares como las aguas de inagotable río. Y pasan ante mí las estaciones como lanzadera del tejedor, pero mis males no pasan nunca.

«Soy cual débil flor á quien malas hierbas ahogan. Cual cordero alejado del rebaño, cuya presa dispútanse lobos hambrientos.

«Recuerdo tristes pensamientos míos, y pregúntome contando los dedos de mis manos, ¿cuántos años durará?»

—

El día 20 de Noviembre de 1887 tuvo lugar el martirio de este valeroso cristiano.

En el lugar mismo del suplicio hubo de luchar contra las sugestiones de los que querían librarle de la muerte haciéndole apostatar:

«Aún puedes vivir, gritóle un jefe militar, aún puedes vivir: no eres ladrón ni rebelde; la sentencia dictada contra ti no es irrevocable. Da un paso sobre la le-

(1) El Museo de la Propagación de la Fe (Lión), posee un cuadro anamita representando el martirio de M. Cornay, y numerosas reliquias del heroico misionero.

Ayuntamiento de Madrid

tra *Dix* (tiene forma de cruz), y voy á interceder por ti.»

Javier Cau contestó:

—Mi resolución es irrevocable: cumplid vosotros con lo que aquí os reune.

El mandarín dió la orden: los verdugos tiraron la cuerda, subieron sobre las espaldas del confesor de la fe, y haciendo un brusco movimiento le destrozaron el cuello.

El P. Retord, que escribió el relato del cautiverio, escribió también el del martirio, y al hacerlo habla de sí mismo con profunda tristeza: ¡parecíale tan bella, tan envidiable la muerte del mártir!

«¿Y mi sangre no será derramada en defensa de la fe? ¿No seré llamado á luchar en la arena de los mártires? ¡Felices los que mueren en el campo de batalla!»

Y como si este doloroso sentimiento removiera todos los amores que guardaba su alma y los hiciera subir á los labios, exclama:

«¡Francia, hermosa patria mía; y tu, floreciente y grande Iglesia francesa, madre de la pequeña y pobre Iglesia annamita, salva á tu moribunda hija!

«Aplastada, despedazada por las garras mortíferas de león furioso, aterrorizada por sus salvajes rugidos, agoniza y muere; ¡salva á tu hija!

«Tú, Iglesia de los Mártires y de las limosnas, Iglesia de Lyón, querida madre mía, á la cual amé siempre con todo el afecto de mi corazón, muéstrate fiel á tu antigua fama, marcha como acostumbras á la cabeza de cuantos socorren á los desgraciados.

«No te pedimos los bienes de tus hijos, sólo, sí, las migajas que caen de tu mesa.»

Posteriormente, remitiendo algunas reliquias del Mártir (1) al Arzobispo y al gran Seminario de Lyón, escribía:

«Señores: acostumbran los guerreros á enviar á su patria los despojos y banderas que al enemigo conquistaron. Por lo que á mí se refiere no he logrado aún la total victoria: continúo en el campo de batalla ignorando si seré vencedor ó vencido. Pero un joven soldado que á mis órdenes luchaba triunfó completamente del tirano y de sus ministros: murió como un héroe; aquí tenéis algunos de sus gloriosos trofeos.»

Como si Dios quisiera no faltara al mártir ninguna gloria ni alegría alguna á los que lo veneraran, once años después convirtióse uno de los jueces que habían condenado á Javier Cau. ¿No visteis alguna vez, sin que nadie los sembrara, germinar y florecer lirios y rosas sobre los sepulcros de los mártires?

XII

El verdugo de cristianos.—Valor de los soldados convertidos

Trinh-Quang-Kanh, jefe de la provincia de Nam-Dinh, era el más cruel de los mandarines, y llamábasele con razón *verdugo de cristianos*.

El mes de Abril del año 1838 dirigió su cólera contra los soldados católicos: reunió todas sus tropas, colocó ante ellas veinte Crucifijos, y dióles orden de pisotear la imagen del Redentor.

Gobernador y oficiales recorrieron las filas exhortando á los soldados cristianos á obedecer las órdenes del Rey, abandonando la Religión «falsa y perversa.»

La gracia venció al temor, y entonces pudo admirarse una conmovedora demostración de fidelidad á Jesucristo.

«Somos vuestros soldados, contestaron casi todos los católicos; pero también lo confesamos sin temor, somos servidores de Dios. Debemos al Rey nuestra vida y nuestra sangre, á Dios debemos nuestra inocencia; de vos recibimos el sueldo, de Dios recibimos la vida. No podemos obedeceros si nos mandáis blasfemar de Dios, nuestro Creador y Maestro, que lo mismo si os place que si no os place lo es también vuestro. Si nos mandáis algo que no le ofenda, os obedeceremos como hemos hecho hasta el presente, sino á El obedeceremos antes que á vos.»

—

El primer arranque fué sublime y completo. ¿Por qué no perseveraron todos?

Dispuestos estaban suplicios y verdugos. Algunos soldados apostataron, pero en su inmensa mayoría dieron pruebas de valor heroico.

La firmeza y perseverancia de los soldados cristianos admiró á mandarines y verdugos. Trinh-Quang-Kanh creyóse obligado ponerlo en conocimiento del Rey. La respuesta no se hizo esperar. Los recalcitrantes debían ser sometidos á nuevos y más bárbaros suplicios, hasta lograr á toda costa su apostasía. Renováronse los tormentos: los confesores fueron expuestos desnudos y encadenados á los ardientes rayos de un sol abrasador. Algunas veces obligábanles á meter la cabeza en estrecho aro colgado al extremo de un poste, y teníanles suspendidos varios días sin poder variar de posición.

Tres de estos intrépidos soldados fueron particularmente objeto predilecto de la cólera de Trinh-Quang-Kanh: Agustín Huy, Nicolás The y Domingo Dat. En los interrogatorios acostumbraba Agustín Hay á contestar en nombre de todos, por lo cual parece llamó más la atención de los jueces. Un día los mandarines ordenaron á los satélites que á viva fuerza le obligaran á andar sobre una cruz.

—Pisoteó la cruz, gritaban todos los allí congregados; pisoteó la cruz; que cesen los castigos.

—Podéis forzar mis piés, contestó el intrépido confesor, pero no mi voluntad. Cuanto hacéis sólo contribuye á aumentar el mérito que ante Dios pueda tener.

Los jueces echábanle en cara las caídas de su vida pasada, diciendo:

—Comprendemos que los buenos cristianos, aquellos cuya vida fué siempre modelo de santidad, prefieran morir antes que pisar la cruz, pero tú que hasta al presente viviste como pagano en la poligamia, escandalizando á los fieles y despreciando las leyes cristianas, ¿cómo te atreves á mostrar tanta obstinación? Parécenos incomprensible extravagancia.

—Cierto es, contestó humildemente Agustín, que fué mi vida escandalosa y carnal; pero por la misericordia de Dios arrepentíme, y hoy estoy pronto á derramar mi sangre en defensa de la cristiana fe.

(1) El museo de la Propagación de la Fe (Lyón), posee un cuadro al óleo representando el martirio del venerable Cau y un retazo de su vestido empapado en sangre del Mártir.

Ayuntamiento de Madrid

¡Ejemplo conmovedor de confianza y total abandono á la bondad divina! «¿Qué es, en efecto, el pecado ante la misericordia de Dios? dice un santo Padre. Una tela de araña que desaparece para siempre al menor soplo del viento.»

—

Sólo de un nuevo recurso podía valerse Trinh-Quang-Kanh, recurso infernal, consistente en la preparación de misterioso brevaje que debía privar temporalmente del uso de la razón á los soldados cristianos, y hacer más fácil su apostasía. Durante esta borrachera ó locura llévanlos ante el tribunal y les mandan pisotear un Crucifijo. Las infelices víctimas ejecutan la orden sin resistencia. El gobernador lleno de júbilo les da la libertad, recompensa su apostasía regalándoles dinero á nombre del Rey, y envíales á sus casas.

Poco duró el triunfo de los impíos. Disipados los vapores del narcótico brevaje, recobrado el uso de la razón, danse los confesores exacta cuenta de todo lo que sin saberlo habían hecho: sorprendidos, afligidos profundamente del involuntario escándalo dado á los fieles, y llenos de indignación preséntanse al gobernador, arrojan con desprecio el dinero, precio de un crimen cuyos culpables no eran ellos, protestan enérgicamente de la odiosa superchería, y declaran en alta voz que están prontos á sacrificar su vida en defensa de su fe.

Trinh-Quang-Kanh nunca creyó posible tanto valor. Ardiendo en ira mandó fuesen aprisionados, pero como ante el Rey había orgulloso referido su triunfo, y además como creía imposible vencerles otra vez, resolvió dejarles en libertad, pretextando eran miserables insensatos.

Vivo dolor causó á los confesores la determinación del gobernador, que impedíales el logro de la palma del martirio, y exponíales á ser tenidos por cobardes apóstatas. Movidos por su justo dolor, inspirados por la gracia divina y por los consejos de sus Padres espirituales, resolvieron presentar su reclamación al Rey.

En el suplicatorio elevado á Minh-Mang «declaran á Su Majestad que engañóle el mandarín de Nam-Dinh al escribirle que habían apostatado: al contrario eran cristianos y querían serlo siempre; no consintieron ni consentirían nunca en pisotear la cruz; en consecuencia suplicaban á Su Majestad les tratara conforme con el rigor de la ley, es decir, les condenara á muerte, como lo habían sido todos los cristianos que negáronse á hacer traición al Rey de cielos y tierra.»

Los tres firmaron el documento y resolvieron entregarlo personalmente al Rey.

Súbita dolencia retuvo á Domingo Dat. Agustín Huy y Nicolás The emprendieron solos el camino que á la capital conduce.

Esperaron algunos días, pues el Rey hallábase en el campo, y á su regreso corrieron á arrodillarse en medio del camino, colocado el suplicatorio sobre la cabeza y un puñado de hierba en la boca, para significar que en presencia del Rey eran viles animales. Un gran mandarín tomó el papel, lo leyó á Minh-Mang, que furioso mandólos encadenar y encerrar en lóbrega prision, golpear y torturar.

No desfalleció su probado valor, y los jueces dictaron contra ellos la siguiente sentencia:

«Que ambos malhechores sean entregados á los soldados, conducidos á la orilla del mar, que sus cuerpos sean divididos en dos partes, y sus miembros arrojados al mar para ser comida de los peces. A esto obliga la ley.»

Cumplióse la bárbara sentencia en el puerto de Huc-Thuan, el 13 de Junio de 1838. Cortaron las cabezas á los intrépidos soldados, y sus cuerpos, divididos en dos partes, fueron arrojados al mar.

El Rey dió orden al gran mandarín que esperara á que la quebrantada salud de Domingo Dat se hubiera restablecido, y que luego se diese á escoger entre la apostasía y la muerte. El 22 de Junio, fortalecido por la Sagrada Eucaristía, el animoso soldado compareció ante Trinh-Quang-Kanh.

—Espero, díjole el mandarín, que tú obrarás de otra manera: recuerda el deplorable fin de tus compañeros de armas. ¡Ser divididos en dos partes! Hoy acaba el plazo concedido para que resuelvas. Si no te arrepientes, mañana no será tiempo y morirás descuartizado.

—Aun cuando hicieras de mi cuerpo mil pedazos, dijo el siervo de Dios, no cambiaría mi resolución. Mi único deseo es sufrir y morir como mis hermanos.

Forzoso fueles conceder la gracia del martirio á este valeroso campeón de la verdad. Murió estrangulado el 18 de Julio.

LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

IV.—Caracteres físicos de los negrillos

Aspecto general del negrillo.—El enano, el cretín.—Talla de los negrillos.—Proporciones del cuerpo y los miembros

A fuerza de oir hablar de pigmeos, de enanos y de nabots, alguien quizás creerá deber asignar á los negrillos africanos la figura y talla de los que importunaron el sueño de Hércules, y que al despertar el legendario héroe llevóse envueltos en la piel del león Nemeo. Otros, lectores de más modernas leyendas, recordarán las asombrosas aventuras de Gullivar, y colocarán á los liliputienses en alguna región del Africa Central.

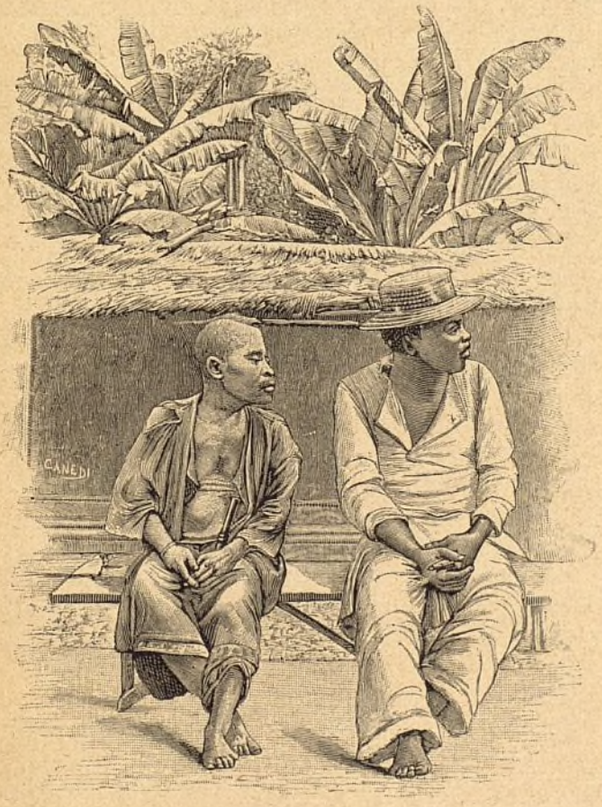
Dejemos á los novelistas las novelas. Son los negrillos, considerando su aspecto general, pequeños negros en quienes aparecen algo exagerados todos los caracteres propios de la raza: pero nada tienen de anormal, de extraordinario, nada capaz de admirar al resto de los mortales. Y si alguna vez los viajeros nos legaron descripciones que parecen autorizar esta idea, preciso es tener en cuenta el entusiasmo y la fantasía, á los cuales, quizás inconscientemente, ríndese no escaso tributo. Cualquier no prevenido mortal que viese un ne-

Ayuntamiento de Madrid

grillo entre cien negros, no sería capaz de distinguirlo. Pero si del tipo se ha hecho un especial estudio, y además conócense los variados aspectos de las tribus africanas, entonces el verdadero negrillo será distinguido entre un grupo que no lo sean: lo he comprobado repetidas veces.

El aspecto general del negrillo (hablo especialmente del negrillo secundario, es decir, del negrillo puro, mestizo de negro) es más bajo que los demás negros, generalmente de color más claro; de actitud menos estudiada, los brazos más largos, más finos los dedos, más gruesa la cabeza, más recta la frente, la nariz más aplastada, y especialmente las cejas más pobladas. En fin, hay en su fisonomía, en su manera de presentarse, de mirar, de sentarse, algo imposible de ser descrito, pero que al momento hace conocer al hijo de los bosques, tímido en sociedad, temeroso de ser observado, extraño á toda convención. Su estudio athropométrico no es, pues, cosa fácil, y para encontrarlo, hacerlo hablar, dibujarlo, fotografiarlo, medirlo, precisa usar toda la estrategia que necesita el cazador para *hablar* con la pieza de caza. En la Misión de Fernán-Vaz (Gabón), el P. Bichet recogió un niño de esta raza, que en la actualidad contará doce ó catorce años.

Pequeño, rechoncho, reservado, dotado de asombrosa agilidad, amigo de los pequeños Nkomis, ríe, corre, se divierte; pero cambia completamente en cuanto ve que alguien le observa. Baja la cabeza y á nada presta oídos: inútil será le pregunten su patria, le hablen su lengua, le pidáis os relate lo que ha visto... Nunca mira frente á frente, ni aun á sus compañeros, y en los primeros tiempos de permanecer en la Misión, donde de nada carecía, siempre estaba dispuesto á huir otra vez á sus bosques, y en ellos fué más de una vez preciso buscarle. Tomás es el modelo de los estudiantes... perezosos.



MLA-SOLÉ.—Negrillo mestizo de Fans sentado al lado de un negro de mediano talle

ETHUNE-SURA.—Negrillo mestizo de los Fans (1'34 m.). A su lado un fan de talle ordinario

—

El negrillo ó pigmeo no debe confundirse con el enano ni con el cretín.

A más de los pigmeos encuéntranse entre los negros, al igual que por todas partes, enanos cuyos caracteres difieren por completo de los que en los pigmeos se observan: el negrillo es un hombre perfecto en su género, y su tipo es característico de una raza especial: el enano es un hombre incompleto, nacido por casualidad, accidentalmente, en una familia cuyos restantes individuos pueden tener todos talle y fama ordinarias. Más pequeño que el negrillo, y de rasgos completamente distintos, es el enano generalmente un hombre cuyo tronco de dimensiones poco menos que normales, es sostenido por dos piernas ridículamente cortas. Así debía ser el enano egipcio Nem-hetep, de quien anteriormente hablamos.

Sin remontarnos á tal antigüedad, en nuestra Misión de Eshira vive un joven de unos veinte años, hijo de distinguido jefe, muy inteligente, vivaz y que sabe hacerse respetar. El P. Foret, administrador de Fernán-Vaz, llevóselo á Francia á título de fenómeno, ingresó en una escuela, y sus rápidos progresos desesperaban á los niños parisienses. Llamábase Nzao (elefante), y en la distribución de premios de fin de año fué coronado personalmente por Mr. Flammarión, quien nunca viera acércarsele parecida estrella. Encargado de devolverlo á su respetable familia, regresé con él á Fernán-Vaz

Ayuntamiento de Madrid

en la Eshira, y puedo afirmar que nadie lo confundió con los negrillos.

Un día sosteníamos una discusión patriótica, y un gran Mpawin que nos acompañaba atrevióse á llamarle gorilla, aludiendo á su talla y manera de andar. «No soy gorilla, contestó indignado, no soy gorilla; soy eshira. Conozco mi padre, mi madre, mi hermano y hermanas; conozco el pueblo donde nací y conozco mi patria. Otros hay (aludía á los mpawins) que carecen de habitación estable, que invaden la tierra de los demás y roban lo que sus vecinos plantaron: éstos son los parientes de los gorillas.» Todos aplaudimos: Nzao, el enano, había vencido á su adversario.

—

Estudiemos detalladamente los caracteres físicos del negrillo.

Lo que primero llama la atención del observador, es la talla. Numerosos son los viajeros que midieron representantes de los grupos ya citados. La menor altura parece haberla obtenido Barrow, quien afirma que entre los sân ó bushmen halló una mujer, madre de varios hijos, cuyo talle tenía 1'140 m. Un individuo de esta raza (¿era adulto?) medido por el Dr. Weisbach no excedía de un metro (1).

Admitiendo esta cifra, no comprobada, como medida mínima, hallamos las siguientes:

Ba-twa de Ituri (Stanley) (2), tér. med.	1'15 m.
Id., un hombre.	1'240
Id., su esposa..	1'260
Ba-twa de Tanganyika (Dr. Wolf.), término medio..	1'300
Akka de los Mombutu (Schweinfurth), término medio..	1'350
Ba-bongo de Setté-Kama (D. Falkeustein), un hombre.	1'365
A-bongo de Ogowé (P. du Chaillu), término medio..	1'360
San ó Bushmen (Divers), término medio.	1'370
Id. (G. Fristch), término medio. . . .	1'440
A-bongo de Ogowe (Marche), término medio de los hombres.	1'510
Id., término medio de las mujeres. . .	1'415
O-kôa del cabo López (Fleuriot de Langle).	1'400
Negrillos del Sud de Etiopía (D. Smith) (medida máxima)..	1'255

Por lo que á mí se refiere he medido cien negrillos pertenecientes á diversos grupos de las castas oriental y occidental africanas. Fastidioso sería reproducir todos estos nombres y cifras que conservo. Algunos elegidos entre los principales representantes de la raza serán leídos con interés si se comparan con los que anteceden.

Mbili-kimo de Malindi (origen desconocido)..	1'250 m.
Be-ku (entre los Fans del Gabón), hombres (término medio)..	1'340
Id., íd. (máx.).	1'510 m.
Id., mujeres (término medio).	1'430
A-bongo de la bahía de Ogowé, mujer (término medio).	1'320
Id., hombre (máx.).	1'520
A-rimba (entre los Ba-yaga del Mayombé), mujer.	1'380
Id., hombre.	1'420
A-jongo (mestizo de Fernán-Vaz), hombre (mín.).	1'450
Id., íd. (máx.).	1'680
Wa-boni (mestizo de Tana), hombre (mínimo).	1'480
Id., íd. (máx.).	1'700
Wa-ndorobo (entre los Massai) (término medio).	1'750

Como indico en la lista, estas últimas cifras son obtenidas entre los mestizos, ó sea entre los que designaremos con el nombre de «negrillos terciarios,» es decir, negrillos mestizos en su origen, y en más reciente época mestizos de antepasados negros. Por ejemplo, refiérese en Fernán-Vaz que un campamento de akoas fijóse á corta distancia de donde á fines del pasado siglo vivía el jefe de la familia de los ayundji (tribu de nkomis): éste celebró alianza con ellos, y tomó por esposa á una de sus mujeres; lo propio hicieron sus hijos, y de esta manera formóse paulatinamente una nueva raza, la de los a-jongo, cuyo tipo y talle son parecidos á los de la tribu aliada; pero han conservado su lengua, sus tradiciones y las costumbres de los cazadores nómadas. Esta raza, sin embargo, no es fija, y en los campamentos que he visitado observé gran diversidad de tipos, unos son muy parecidos al negrillo; otros, al contrario, conservan en mayor ó menor grado los rasgos característicos de los nkomis.

A su vez obsérvase fácilmente que corre sangre galla y somali por las venas de los waboni del Este. Finalmente los wa-ndorobo, que viven entre los soberbios massai, sólo conservan las costumbres generales á todos los negrillos: su talla es superior á la mediana.

Los negrillos que aparecen más ó menos frecuentemente en las tribus vecinas, entre los bé-sheké, de la familia mbisho; por ejemplo algunos ba-nzabi ó fans, la talla de estos que podemos llamar «aparecidos» es menor que la común, ni tampoco acostumbra á excederla.

Como vimos, pues, la altura del negrillo varia entre 1 metro y 1'50 metros; pero como la de un metro parece excepcional, el término medio para hombres y mujeres deberá fijarse entre 1 m. 30 y 1 m. 45 según los grupos á que pertenecen.

En resumen, los negrillos son la raza más pequeña del globo, pues el término medio de la talla de los negrillos asiáticos es 1 m. 50, y el de los lapones 1 metro 55. Afirmación que ya en su obra hizo Mr. de Quatrefages (1).

La proporción del cuerpo y miembros no son seguramentre entre los negrillos las del hombre académico, las del Apolo de Belvédére. Generalmente la cabeza es excesivamente gruesa, el cuerpo pequeño, las espaldas

(1) A. de Quatrefages, *Los Pigmeos*, p. 261.

(2) Stanley, *Dans les tenebres de l'Afrique*, II, p. 92. «La estatua de estos enanos varía entre 92 y 138 cent.» Estas medidas parecen algo aproximadas.

(1) A. de Quatrefages, *Los Pigmeos*, p. 104.

Ayuntamiento de Madrid

estrechas, los brazos largos, el pecho aplastado, el vientre muy abultado, robusto tronco sostenido por piernas muy cortas. El enumerado conjunto no se crea forme un hombrecillo fenómeno de fealdad, y sería injusto y erróneo aceptar como general y verídico el breve relato que de los mismos nos legó Farini: «Dos bolas redondas superpuestas: la mayor plantada sobre dos delgadas piernas.» La detallada descripción que de un ensevwé nos legó Schveinfurth no puede aplicarse á todos los aka. Vió un individuo mal formado y lo describió: para convencerse basta leerla.

Entre ellos obsérvanse grandes diferencias. Ethune-Sura (véase el grabado de la pág. 161) (literalmente medio cantarillo), de quien hablaré más adelante, mide exactamente 1'34 m. de altura. «Es un nku, dicen los fans, es un nku (1).» Pero dista mucho de ser deforme ó mal proporcionado, antes bien es un hermoso hombrecillo, alegre, ágil, elegante.

Compárese con él el viejo Mla-Solé (véase el grabado de la pág. 161). De estatura más elevada, y feo como un gorila; la cara sin pelo, arrugada la piel, y sobre su abultado estómago un ombligo grueso como el puño, efecto sin duda de una hernia umbilical. Es un gracioso inimitable que sabe sacar partido de su horrible fealdad: cómico en sus danzas, asombra por la naturalidad de sus ademanes y la belleza de sus artificios: sabe conquistar al espectador y hacerse admirar.

Estos ejemplares extremos presentados uno al lado de otro explican satisfactoriamente las impresiones diversas que experimentan los exploradores al hallar á los negrillos. Sin embargo, parece fuera de duda que los menos favorecidos son los bushmen puros, efecto quizá de la vida miserable que arrastran en sus desiertos.

Si observamos los mestizos de los bantus, de los gallas, lo propio que los a-jongo de Fernán-Vaz y los waboni de la costa oriental, veremos que á todos el cruzamiento les ha sido favorable: sin lograr la belleza de tipo superior, ha llegado á tanto su parecido, que esparcidos entre los otros es muy difícil distinguirlos. Lo mismo puede decirse de los wa-ndorobo del país masai.

(Se continuará).

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

(Continuación)

V

6 Junio.

Con la debida anticipación salvamos á caballo la distancia que nos separaba de la estación ferroviaria.

El tren corriendo veloz nos condujo á la estación de Sapporo. Nueve horas emplea en el camino. Según las indicaciones que en la taquilla nos hicieron, á las cinco de la tarde llegaremos á la capital.

Viaje vulgar, como acostumbran á ser todos los viajes. Una sola diferencia: los viajeros de estas regiones extremas, acostumbran vestir extraño traje de abigarrado conjunto. Algunos, y son los menos, usan el sencillo traje japonés, túnica de tela azul ceñida por cinturón. Otros, y son los más, visten el gran *upper-coat* americano, forrado de pieles, con esclavina y capuchón (en la actualidad muy generalizado), traje que dales extranjero aspecto. Uno ó dos visten correctamente según todas las leyes de la moda occidental: preséntanse bien y con dignidad.

Durante el largo trayecto todos guardan absoluto silencio: bostezan, se aburren. «Cuán fastidioso es el tren,» parecen decir á juzgar por su aspecto. Sucédense las estaciones. Para el tren dos ó tres minutos, y luego continúa su marcha, mareando al viajero con el monótono ruido que producen las ruedas al rodar sobre los rails.

—

Desde la partida marchamos á través de un bosque virgen que corta la línea férrea, recta como una I, línea inmensa cuyo límite no alcanza la vista, parece retroceder á medida que avanzamos, y vésela siempre imperceptible, perdida en la profundidad de bosque sin fin.

A ambos lados de la vía la colonización ha empezado su obra, pues vemos de cuando en cuando en el seno del espeso bosque algunos claros abiertos por el hacha. Los cortados troncos de árboles testifican el paso del hombre.

Algunos campos que empiezan á ensancharse, una choza construida de ramaje, indican un principio de colonización: contemplamos en toda su grandiosidad una especie de lucha por la existencia, y á la par al genio humano venciendo á la naturaleza.

Con frecuencia descubrimos á la izquierda hermosos paisajes que limitan gigantescos montes, cuyas altas cimas vestidas de nieve, bañadas de luz, destácanse sobre el cielo de pálido azul. Son estas montañas menos escarpadas que las del Nippón. Extiéndense formando más dulces vertientes, y son quizás en detalle menos bellas, pero de conjunto más grandioso, sublime.

Y vemos desfilan veloces cual las imágenes de mágico kaleidoscopo, y hundímonos luego otra vez en el bosque sin fin.

—

Llegamos á Oiwake, ciudad grande, que construida en terrenos ganados al bosque, de casas recién edificadas, casi escondidas en el seno de vegetación secular, produce extraño efecto de novedad y juventud y vida. Parece conmemorar la victoria del hombre sobre la espléndida naturaleza. Tiene el colono japonés algo del plantador americano: energía, valor, obstinación en el trabajo.

La estación es grande, de construcción moderna. Por sus numerosas dependencias y mucho tráfico, es de las más importantes de la línea. Mientras permanecemos

(1) Singular de *Bé-kis* (forma fan de Upaugwe Ba-kô-a).

Ayuntamiento de Madrid

en ella llega el tren de Sapporo á Merorán, y bajan los pasajeros para desentumecerse y pasear por el andén.

Los vendedores ambulantes circulan cargados de provisiones. Pasean de vagón en vagón anunciando á voz en grito sus mercancías. Venden unos los *bento*, saquitos blancos, que contiene una completa comida japonesa elegantemente dispuesto. Otros venden frutas: peras, manzanas, mandarinas, etc. Estos ofrecen perfumados cigarrillos americanos, aquéllos diarios y revistas.

Japón.—Preparación de tierras en el Yeso

La tranquilidad, la libertad de esta abigarrada multitud excitan otra vez mi admiración. Nadie se saluda con estas reverencias profundas tan molestas á los que visten á la europea. Todos tienen conciencia del propio valer. El aspecto de esta muchedumbre es franco, independiente: ha roto con todas las trabas del antiguo servilismo de las costumbres japonesas. El medio ha cambiado y el hombre también.

Entre la multitud veo algunos tímidos ainos. Míranlos con despreciativa altivez, y no falta quien al pasar ante ellos muestre en sus labios burlona sonrisa. Nadie se fija en los extranjeros: nos tratan de igual á igual, y varias veces llegan á tutearnos.

Muchos soldados del ejército imperial pasean militarmente por el andén. Pantalones grises con franja roja, chaqueta azul, gorra ribeteada de amarillo: tal es su uniforme. Erguidos con fiereza, muestran tener conciencia de la dignidad de su estado.

—

Marcha de nuevo el tren y de nuevo hundímonos en el seno de los bosques, en el silencio, después de un entreacto de movimiento lleno de vida.

Pueblan principalmente estas inmensas florestas que cruzamos, la encina, el abedul, el castaño, el arce, el tilo, representados por ejemplares magníficos, obra de los siglos.

El movimiento de la estación de Iwamizawa, donde llegamos á las dos de la tarde, paréceme supera al de Owake. Dependencias, tinglados, entrepuentes de máquinas, andenes, multitud de líneas que crúzanse y vuelven á cruzarse, los hierros giratorios del ir y venir de las locomotoras, todo contribuye á darle el aspecto de una gran estación europea.

El aspecto de la ciudad es bueno. Las casas limpias y todas nuevas. Los campos todos bien cultivados. Hermoso paréceme el aspecto de los arrozales.

De esta estación parten los ramales que la unen con Poronai y Yubari, minas de carbón las más importantes de cuantas son explotadas en el Yeso. Esta doble explotación hullera es la verdadera causa que determinó la construcción de esta vía férrea. El nombre de la Compañía es *Tanko tetsudokwaisha*, que significa *Compañía de caminos de hierro para la explotación del carbón*. En un principio el transporte de los viajeros fué un fin secundario. La gran afluencia de estos obligó á la Compañía á la mejora del material, que actualmente deja poco que desear.

Otra vez emprendemos la marcha. Es la última etapa. Parece que volvemos atrás; es un cambio de dirección.

El bosque que recorremos ha sido mucho más visitado por el hacha del colono. Al lado de pobres chozas elévanse ricas alquerías, fruto de perseverante labor.

Corremos cabe la orilla del magnífico río Ishikari, el más caudaloso y largo, no ya del Yeso, sino de todo el Japón. Corre lleno hasta rebasar de su ancho lecho, encerrado por dos líneas de espeso verdor, que á la izquierda continúan las grandes, impenetrables selvas. A lo lejos en último término los montes confundidos con la niebla.

Llegamos á Ebetsu y entramos en la llanura de Lapporo. La vida, la civilización aparecen reinando en toda ella. El tren cruza por delante de un aserrador mecánico de humeantes chimeneas. Rodéanlo montones enormes de grandes maderos, prontos á ser exportados á las diferentes regiones del Yeso hasta el Nippón.

Llegamos á Nopporo, pequeña estación situada á pocas leguas de la capital. Adórnanla variedad de cultivos coronados todos por éxito feliz. Ricos arrozales en fermentación, sembrados de troncos de árboles cortados á un metro del suelo, abandonados, y que el tiempo cuidará de destruir.

Veloz, veloz corre el tren como caballo que siente la proximidad del establo. Multiplícanse los pueblos; empezamos á ver elegantes chalets.

A las cinco de la tarde descubrimos Sopporo, la gran ciudad, la capital del Yeso.

(Se continuará).

Ayuntamiento de Madrid

EL CRUZADO

Leyenda

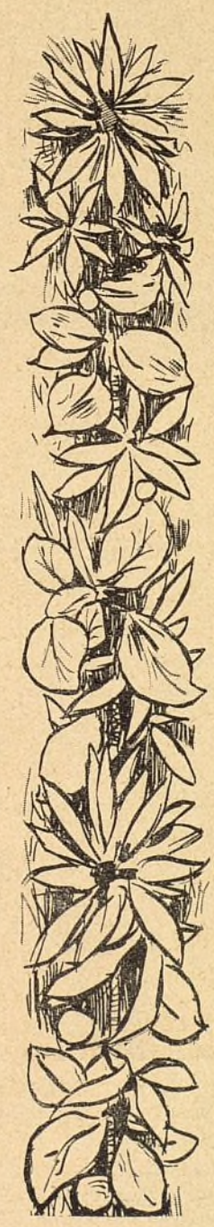
POR FRANCISCO HERNANDO

(Continuación)

Cerca de un mes tardó el Abad en poner en claro lo ocurrido aquella noche y averiguar el paradero de Inés, porque los rumores que hizo circular el Conde, y que el vulgo inconscientemente propagó, la habían presentado como muerta. Supo por fin que estaba encerrada, mas ignoraba la desaparición del niño, hasta que en su conferencia con el Conde descubrió la verdad.

—El Conde tiene á la madre y á la hija, pensaba el Abad, pero nada sabe del niño. Me convenzo ahora de que no era fingido el interés que demostraba su gente para averiguar el paradero del pequeño Beaumont. ¿Moriría éste, en efecto? No lo creo; pero, si se ha salvado, ¿cómo no ha habido quien me lo diga ni han logrado averiguarlo mis legos?

Sumido en estas reflexiones caminaba el Abad al volver del castillo de Thiercy, y de vez en cuando exclamaba: «¡Pobre Conde! ¡Pobre Conde!» Evidentemente lo que al venerable Religioso le preocupaba más era la obstinación y ceguedad de éste; que aunque sentía los sufrimientos de la Baronesa y la pena que el Barón tendría al saber lo ocurrido, como conocía á ambos sabía que en sus sentimientos cristianos hallarían fuerza para sobrellevar las desgracias que



les habían sobrevenido. Pero la situación del Conde vencedor, contento y orgulloso, le daba honda pena. Así que al entrar en la abadía faltóle tiempo para dirigirse á la iglesia y postrarse ante un altar. Largo rato permaneció en oración, y al levantarse fuése á su celda, llamó á la Comunidad, y pidió á todos que desde aquel día añadiesen á sus oraciones una *Ave María* á su intención.

No tenía otras armas que emplear para vencer la obstinación del Conde; pero lejos de pensar como éste, sabía el Abad que la oración es omnipotente, y confiaba en ella.

Entre tanto Luis de Armac llegaba á Marsella en compañía de algunos señores y monjes que iban á Tierra Santa, y con los que había hecho conocimiento en el camino, embarcándose todos á principios de Junio, con un mar bellísimo y un tiempo despejado. Corríale tanta prisa á Luis el llegar al término de su viaje, que desesperaba al ver lo poco que el barco adelantaba. Parecía que el viento se empeñaba en impacientarle, según lo pausadamente que soplaba. Todos los días preguntaba lo que habían andado, todas las mañanas se levantaba con la esperanza de descubrir la Tierra Santa, pero pasó un mes largo sin que se lograran sus deseos. Y no era el afán de ver al Barón lo que movía á Luis, sino el que en Marsella había sabido que el ejército cristiano estaba camino de Jerusalén, y suponía que llegaría antes que ellos pudiesen tocar tierra, y que por pocos días no iba á encontrarse al tiempo del asalto.

Entrar en Jerusalén espada en mano, matando infieles, y ser de los primeros en adorar y besar el Santo Sepulcro era el sueño dorado del paje. Hasta hizo varias promesas durante el viaje para que Dios le diera un viento favorable y le concediera llegar á tiempo, pero los días pasaban y no veían tierra. Por fin, el 13 de Julio la anunció el vigía, y á la tarde siguiente desembarcaron en Jaffa. Lo primero que hizo Luis

Ayuntamiento de Madrid

fué preguntar si habían tomado á Jerusalén. «Aún no, le contestaron, pero quizás esta misma noche sea el asalto.»

Sintió Luis no tener alas en aquel momento para cruzar de un vuelo las diez leguas que le separaban, mas ya que no podía hacerlo resolvió no perder tiempo, y cambiando su caballo, que no podía caminar aprisa, por otro de un mercader, salió aquella misma noche para Jerusalén. Mas como Luis no sabía el camino, tenía que ir al paso de los guías y acompañantes que llevaba, y éstos no tenían ni con mucho la misma prisa que él. A las cinco de la mañana del 15 dieron vista á la Ciudad Santa. A las siete se reunieron á un cuerpo de cruzados que estaban formándose para emprender el asalto. «¿Y el barón de Beaumont? preguntó Luis.—Está por la parte de Belén, le dijeron.—¿Cuánto dista de aquí su campamento?—Con los rodeos que tenéis que dar, le contestaron, bien tardaréis tres horas.

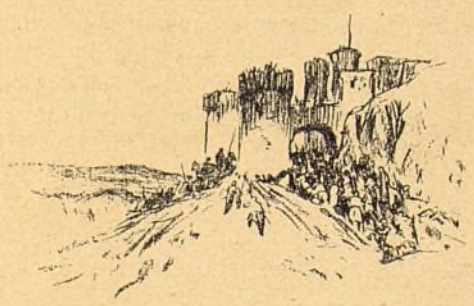
—¿Y á qué hora es el asalto? volvió á preguntar el paje.

—A las nueve, le contestaron.

—Pues entonces me quedo aquí, y en la ciudad encontraré á mi señor después que la tomemos.

Y el paje de Beaumont, alborozado por haber llegado en momento tan oportuno, daba gracias á Dios y preparaba sus armas para el asalto, admirando de paso la marcial actitud y apostura guerrera de los cruzados. En aquel momento no se hubiera cambiado Luis por el emperador más poderoso de la tierra; olvidó las molestias de su largo viaje y la penosa marcha que había hecho la noche última, para no pensar más que en la dicha que iba á tener dentro de poco. Sus ojos no se separaban de Jerusalén más que para dirigirse á los escuadrones de los cruzados, como preguntándose si aquella gente podría tomar tan gran ciudad; pero al mirarlos la cara de Luis se transformaba de alegría, y á través de ella brillaba la esperanza, mejor dicho, la seguridad completa del triunfo.

El sonido de los clarines y trompas guerreras sacóle de su contemplación. Vió á los soldados que estaban más próximos á él arrodillarse para recibir la bendición de un Prelado, y arrodillándose también, hizo la señal de la cruz. En seguida vió que se levantaban unánimes, y dando atronadores gritos marchaban al asalto. Luis sintió una conmoción vivísima en todo su sér, y después un estremecimiento general. Era que el entusiasmo se apoderaba de él; así que sin darse cuenta de lo que hacía desenvainó su espada, y gritando como los demás echó á correr hacia adelante hasta unirse á los que marchaban á la cabeza.



En aquel momento salió de la ciudad enemiga un lucido escuadrón mahometano para contener á los cristianos, mientras que las murallas de la Ciudad Santa se coronaban de infieles, que con burlones gritos llamaban á los acometedores. El combate empezó, y Luis fué de los primeros en recibir á los mahometanos, y en hacerles pagar cara su osadía.

X

DEJAMOS al barón de Beaumont muy alborozado al empezar el sitio con las pruebas de fe, entusiasmo y valor que daban los cruzados, y trabajando más que nadie en llevar adelante y defender las obras que se le habían encomendado. En esta, para él grata tarea, pasó el mes que duró el sitio, distinguiéndose extraordinariamente en todos los ataques de que fueron objeto los cruzados. Beaumont, ya muy querido de todos, hízose popular. Capitanes y soldados le admiraban y enaltecían por su valor, su ingenio, su fe, su constancia, no menos que por el inquebrantable ánimo que en todas ocasiones demostraba y por el celo con que atendía á todas las necesidades. No sólo cuidaba de sus soldados sino de los de los demás, y con lo que sobraba á los suyos socorría á los que por cualquier circunstancia veía apurados. En los días en que los alimentos anduvieron escasos y con hambre las tropas, Beaumont se desvivía para remediar y atender á todos. Precisamente al lado de los suyos tenía el Barón la gente de Thiercy mandada por Augusto, hijo del Conde, quien lejos de participar del odio de su padre á Beaumont, le admiraba y quería como un hermano. No hay que decir que éste le correspondía y que partía con él cuanto tenía. Por regla general siempre marchaban juntos al combate. Augusto de Thiercy mandaba trescientos hombres; á Beaumont no le quedaban más de seiscientos de los mil que había llevado, pero unos y otros, tanto por ser paisanos y vecinos como por la amistad que entre sus jefes reinaba, puede decirse que formaban un solo cuerpo.

Dos días antes del asalto los enemigos en considerable número hicieron una salida impetuosa al objeto de apoderarse de las trincheras que defendía Thiercy. Defendiólas éste con valor y sostuvo largo tiempo la lucha, tanto que recibiendo varias heridas cayó al suelo, peleando con un fornido mahometano. La sangre que había perpido debilitó á Thiercy, quien no tuvo fuerzas dara impedir que su adversario cayese encima de él, le pusiese una rodilla en el pecho y desenvainase un afilado puñal para clavárselo. Dióse Thiercy por muerto, pero en aquel momento oyó la voz de Beaumont que le gritaba: «Ani-

Ayuntamiento de Madrid

mo, Augusto,» y vió rodar á su enemigo con la cabeza hendida de una cuchillada.

—Me habéis salvado la vida, exclamó Augusto, pero por poco tiempo. Estoy gravemente herido.

—Dios dirá, contestóle Beaumont; por lo pronto ese perro no volverá á poner en igual trance á ningún cristiano; y en cuanto á vos se os curará, y si Dios os llama, moriréis entre los vuestros.

—Mandad mi gente mientras esté herido; mandadla también si muero, y prometedme que al entrar en Jerusalén la bandera de Thiercy irá unida á la de Beaumont.

—Os lo prometo, dijo el Barón; y dando orden á alguno de sus servidores para que llevasen á Thiercy á su tienda y le cuidasen con esmero, siguió en persecución de los enemigos hasta rechazarlos completamente y hacerlos entrar en la ciudad.

Terminado el combate, acudió Beaumont á visitar á Thiercy, encontrándole, en efecto, mortalmente herido y sufriendo terribles dolores. No había perdido, sin embargo, el conocimiento, antes por el contrario, se había confesado piadosamente, hecho testamento, y escuchaba las oraciones que un sacerdote á la cabecera de su lecho le recitaba.

—Me muero, Barón, dijo al ver entrar á éste, sin el consuelo de besar el Santo Sepulcro.

—Quizás Dios os lo conceda, respondíale Beaumont.

—Ya se lo pido; pero si el Señor en castigo de mis pecados me lo niega, cúmplase su divina voluntad.

Pasaron dos días sin que Thiercy empeorara: durante ellos Beaumont apenas se separaba de su lado más tiempo que el preciso para atender á su puesto y cumplir sus deberes militares. Augusto Thiercy pasaba aquellas horas como entregado á Dios; rezando continuamente y admirando á todos con su piedad y su resignación. ¡Es un santo, repetía Beaumont, es un santo, y ojalá que todos tuviésemos su muerte!

En la mañana de la salto Beaumont fué á verle. «Hoy tomamos á Jerusalén,» le dijo; porque para el Barón no había duda ninguna de que asaltar la Ciudad Santa y tomarla sería una misma cosa.

—Y hoy me muero, Barón, le contestó Augusto.

—Precisamente os encuentro mucho mejor.

—Es que Dios me concede la gracia de que muera dentro de la ciudad. He soñado esta noche que la Virgen Santísima curaba mis heridas y con voz dulcísima me decía: «Por el amor que tienes á mi Hijo no morirás hasta que beses su sepulcro.»

—Pues entonces hasta que estéis del todo bueno no podréis besarlo.

—No es eso, Barón; hoy mismo lo besaré. En cuanto toméis la ciudad he dispuesto que ocho de mis servidores me transporten á ella y me lleven directamente al Santo Sepulcro. Confío en que Dios me dará fuerzas para llegar hasta allí; pero también confío en que de allí subiré al cielo. Vos, entre tanto, combatid con denuedo, cubrid de gloria las banderas de Beaumont y Thiercy; que ya que no puedo acompañaros, desde aquí os miraré y pediré á Dios os saque con bien de la jornada. Venid luego al Sepulcro para despedirme y acompañar mi cadáver.

—Sí, iré; sí, iré; exclamó sollozando Beaumont, que ni por un momento sospechó siquiera que Thiercy deliraba. Iré á despedir al mejor de mis amigos, y á pediros me encomendéis á Dios cuando lleguéis á su presencia.

—Y yo aquí os encomiendo mi gente; tratadla como si fuerais el conde de Thiercy.

Este nombre en aquellas circunstancias causó en Beaumont una impresión extraordinaria. Bien fuera que de repente se acordase de las antiguas luchas con el Conde; bien que al ver al hijo tan santo y tan bueno se le representara la imagen altiva y orgullosa del padre, ello es que sintió una opresión desconocida y bajó la cabeza.

Augusto miróle dulcemente y le dijo:

—Sé que habéis perdonado á mi padre el mal que os hizo; pero perdonadle de nuevo; en su nombre os lo suplica su hijo moribundo.

—¡Oh Thiercy, Thiercy! me hacéis daño con esa súplica; nada tengo que perdonar, pero si lo tuviera, nuestra amistad bastaría para borrar todo recuerdo enojoso entre nuestras familias.

—Así lo creo, murmuró Augusto, y como la conversación le fatigara, quedóse callado.

Baumont salió de su estancia, montó á caballo, porque se aproximaba la hora del asalto, y recorrió su línea. Juntó en seguida su gente y la de su amigo en un solo escuadrón, y les dijo:

—Hoy es el gran día de los cruzados: Jerusalén nos espera; pelead como cristianos, y Dios nos dará la victoria.

A pesar de su laconismo causó esta arenga tal entusiasmo, que por algunos momentos no pudo el Barón, tantas eran las aclamaciones de los soldados, dar las órdenes para el ataque. Al fin consiguió hacerse oir, y dispuesta convenientemente la gente, se lanzó sobre Jerusalén.

(Se continuará).

Ayuntamiento de Madrid

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S. . . . . 7 ptas.

PATETA

Ó LA TIENDA DEL DIABLO

Precio: 2 pesetas

Véndese en la **Librería y Tipografía Católica**, Pino, 5, Barcelona.

OBRA NUEVA.

DEVOCIONARIO DE SAN ANTONIO

Agotadas en breve tiempo numerosas ediciones de este precioso devocionario, dedicado al glorioso Taumaturgo, conocido vulgarmente con el nombre de el Santo de los milagros, se ha hecho otra, nuevamente corregida y ordenada, y está en venta al precio de **1 pta.** ejemplar encuadernado en tela. Por correo, 10 cénts. más.

BIBLIOTECA LIGERA

para uso de todo el mundo, por D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

Se han reimpreso los opúsculos agotados, y pueden pedirse los números que se deseen, ó colecciones completas, que constan de 100 libritos distintos.—PRECIOS: Un ejemplar 6 cénts.; docena. 50 cénts.; centenar, 4 ptas.; 500, 8'75 ptas.; mil, 35 ptas.

Hállanse en venta en la *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona

MÁQUINAS PARA COSER

y hacer calceta

Marca «ESTRELLA»

las más superiores

FRANCISCO FORTUNY

Hospital, 110 y 112, Barcelona

LOS TRECE MARTES Y OTRAS DEVOCIONES

en honor de

SAN ANTONIO DE PADUA

por el P. Fr. Mariano Fernández García, O. F. M.

DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO

Véndese á 1 real en esta Administración

CASA FUNDADA EN 1850

ANTIGUA FABRICA DE TEJIDOS

Y TALLER DE BORDADOS

PARA

ORNAMENTOS DE IGLESIA

HIJOS DE MIGUEL GUSI

DESPACHO: CALL, N.° 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas clases - Casullas bordadas en oro y sedas.

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cíngulos, Fiadores, Borlas y Flecos en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar, Merinos, Casimires, Anascotes, Estameñas para trajes talares, Cálices, Custodias, Candelabros y demás artículos de metal en todas sus calidades, Imágenes de talla en todas clases.

INCIENSO

AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN

PARA LA IGLESIA,

DEL

DR. SASTRE Y MARQUÉS

Aprobado en el Congreso católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de ½ y 1 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

Vino de ostras del Dr. Sastre y Marqués. Recetado por los más eminentes médicos contra la anemia, enfermedades nerviosas, de estómago y debilidad general.

Pastillas del Dr. Marqués contra la tos. Probadlas y os convenceréis.

Dr. Sastre y Marqués

Hospital, 109. — Barcelona.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

SOLUCIÓN

de Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA: FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

Ayuntamiento de Madrid